

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

2º AÑO

PUBLICACIÓN QUINCENAL DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

Nº 29

DIRECTORES Y EDITORES

R. J. CONTELL Y F. M. CONTE

BUENOS AIRES, MARZO 1° DE 1894

DIRECTOR LITERARIO

A. ATIENZA Y MEDRANO



D. PORFIRIO DIAZ, Presidente de la República de Méjico

NOTA—Queda prohibida cualquier reproducción de los grabados de esta revista.

CRÓNICA GENERAL

Aunque simule despreocupación, como quien procura alejar el recuerdo de emociones ingratas, la gente sería tiene puesta la vista desde hace mucho tiempo en las urnas electorales y en las cotizaciones del oro en la Bolsa. Muchos hacen como que no miran; pero á hurtadillas y de reojo se enteran de lo que acontece en uno y otro campo. Tienen el presentimiento de que por allí ha de venir la vida ó la muerte, y según las fluctuaciones de la opinión, ya se disponen á entonar el *gori gori*, ya se aperciben á echar las campanas á vuelo.

¿Se verifica una elección, libre de influencias y presiones oficiales, como la del 4 de Febrero en la capital y en la provincia de Buenos Aires? Renacen las esperanzas y los pechos respiran con holgura. ¿Se abre juicio contradictorio sobre los comicios santafecinos, que acaban de dar el triunfo al partido autonomista nacional? Los ánimos decaen y comienzan los tristes presagios. ¿Baja el oro? *Tutti contenti*. ¿Sube? Todo el mundo se echa á temblar.

Apunto esta observación, para inducir de ella una de dos cosas: ó que la vida de calaveradas de los últimos años nos ha dejado en tal estado de irritabilidad el sistema nervioso, que el más leve ruido nos produce el efecto de una tempestad deshecha, ó que la situación del país no ha recobrado la normalidad anhelada, ni se ha restablecido, como se dice vulgarmente, el juego regular de las instituciones.

Si á su amparo no puede desenvolverse de una manera ordenada la vida nacional, ni cumplirse la obra del progreso, y hemos de vivir condenados á perpétua agitación y sobresaltos, sería cosa de ir pensando en inquirir la causa verdadera del mal, para atacarla en sus raíces. Es muy posible que ese estado de zozobra perenne dependa á la vez de los dos motivos indicados: de nuestro exceso de nerviosidad y del desconcierto positivo entre las ideas y los hechos.

Recuerdo á este propósito la conversación que sobre estas materias mantuve hace algún tiempo con uno de los hombres más inteligentes y que más han actuado en la política argentina durante los últimos años. Dolíame yo de que, hallándose implantadas aquí las formas políticas, estimadas como la última palabra de la ciencia constitucional, ejerciese la opinión pública un influjo menos poderoso que el que ha logrado alcanzar en naciones regidas por instituciones tenidas como de condición inferior á la República federal y democrática.

—El hecho es cierto, replicó mi interlocutor; pero esos males no son imputables á las instituciones, sino á la situación especial en que se encuentra la República Argentina, la cual vive desde hace veinte años en estado de revolución permanente.

Me sugiere el recuerdo de esta conversación otro no menos interesante y que también hace al caso. En el breve período de su gobierno, el doctor Aristóbulo del Valle pronunció en el Senado un discurso tan elocuente como todos los suyos en defensa de las intervenciones nacionales, que el ministerio proyectaba enviar á las provincias á la sazón convulsionadas; y al exponer en aquella brillante oración el juicio que le merecía la situación general de la República, señaló como causa principal de los males presentes la permanencia de un solo partido en el poder durante veinte años. El elocuente orador invocó instructivos ejemplos, tomados de la historia contemporánea de Inglaterra, para demostrar que los partidos, lejos de obstruir sistemáticamente el camino á sus adversarios, están en el deber de facilitarles el acceso á las esferas del gobierno, cuando el que por largo tiempo ha ejercido el mando está gastado y en pugna con la opinión del país. Me limito á rememorar estos incidentes porque no es de mi incumbencia meterme en mayores honduras; pero ¿quién sabe si la sorda intranquilidad moral que todos percibimos no desaparecería, si los hombres que dirigen la marcha de los partidos argentinos tuvieran más presentes el juicio del estadista y la opinión del tribuno, que por extraña coincidencia han acudido á la vez á mi memoria!

No obstante mi deliberada abstención en las cuestiones políticas, me habría sido imposible prescindir de las observaciones que preceden

sobre lo que á mi ver constituye hoy el fondo de la vida social argentina. Carecería de fisonomía propia todo lo demás que después dijera en esta crónica, porque faltaría la impresión, que estas páginas deben reflejar, del estado de la conciencia pública en los momentos actuales. Queden en buena hora desterradas de las columnas de LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA las enconadas luchas de unas parcialidades con otras; pero recojamos el eco del conjunto, que se deja oír por encima de los gritos del combate y suena con repercusiones de conciliadores designios en el fondo de todas las almas.

**

De las funciones y solemnidades religiosas con que se ha iniciado la cuaresma, son indudablemente las más importantes los sermones y pláticas del Padre Jordan, de la Compañía de Jesús, en la iglesia Metropolitana. La merecida fama de que goza el elocuente orador sagrado, sus relaciones con las sociedades de beneficencia, formadas por las damas de las principales familias argentinas, y la distinción de sus maneras, explican que tenga siempre un auditorio numeroso y selecto ansioso de escuchar su palabra.

Hombre de vasta instrucción religiosa y profana, de espíritu apasionado y vehemente y de gran verbosidad, el Padre Jordan posee todas las dotes y recursos necesarios para mantener viva la atención de los fieles, y no hay que decir que reúne excelentes cualidades de predicador entusiasta y convencido. Tal vez en ocasiones parezca demasiado impetuoso con aparente menoscabo de aquella dulce mansedumbre y función piadosa, que es como el delicado perfume del espíritu cristiano; acaso pueda notarse en su acerada dicción cierto dejo de sarcasmo, cuando condena con terrible frase los pecados del siglo; es posible que un oído demasiado exigente advierta algo de monotonía en la pronunciación de sus oraciones, y que el uso frecuente de la amplificación haga aparecer el estilo un tanto declamatorio, con mengua de la severa sobriedad, compañera inseparable de la sencillez, que resplandece como uno de los primeros encantos en los sagrados libros; pero ninguno de estos reparos puede ser parte á disminuir la legítima reputación de que disfruta.

Guarda íntima relación con las formas de su elocuencia el fondo de sus oraciones. En la que pronunció el 18 de Febrero, segundo domingo de cuaresma, atacó rudamente las debilidades y complacencias del catolicismo liberal, á quien acusó de tolerante con los enemigos de la Iglesia, contando entre éstos á los que han transigido con el matrimonio civil, á los que cultivan ó saborean las obras del arte contemporáneo en las novelas y en los dramas de la escuela realista, y á todos los que de cualquier modo transigen con los que se apartan de las declaraciones de la Iglesia infalible, consignadas en el *Syllabus*.

Ante el espíritu de muchos de sus oyentes, agobiados bajo el peso de aquel impetuoso torrente de anatemas, se levantaba quizá en los mismos instantes una hermosa figura, plácida y serena, henchido el corazón de sentimientos fraternales, con la sonrisa de los elegidos en los labios, la luz alegre de los cielos en los ojos y el rayo de la inspiración divina en la frente; y pareciera que la grata visión era la imagen de León XIII que visitaba las naves del templo, para repetir al oído de los creyentes las palabras de tolerancia, de fraternidad y de dulce consuelo, que desde su altísimo solio viene derramando como lluvia benéfica sobre todos los pueblos de la tierra y todas las organizaciones políticas.

**

Se ha denunciado no ha muchos días el caso de un vigilante de policía, llamado Martín Ardiles, que requerido por una señora que iba acompañada de un niño, para que librase á la criatura de las acometidas de un perro atacado de hidrofobia, recibió una feroz dentellada y ha muerto entre horribles sufrimientos, dejando en el mayor desamparo una numerosa familia.

Con este motivo se han renovado las censuras del público por el abandono con que las autoridades dejan vagar por las calles á la raza canina en esta peligrosa estación de los calores. La autoridad se excusa de adoptar medidas de precaución, fundándose en los obstáculos que suscita á su cumplimiento la sociedad protectora de los animales, y entre tanto menudean las mordeduras y los perros andan sueltos y libres por toda la ciudad, sin que nadie les cierre el paso.

No puede procederse á exterminarlos, porque la protectora clama que es una inhumanidad;

no se les puede poner bozal, porque la protectora sostiene que no se debe causar esa molestia á los pobres animales; no se les puede perseguir, ni aplicarles la ley de vagos, aunque no tengan casa, ocupación ni dueño conocidos, porque la protectora le arma un caramillo á la Intendencia Municipal cada vez que al can más despreciable y sarnoso se le causa el más leve disgusto.

Pero en cambio los huérfanos del vigilante, que ha muerto á consecuencia de la mordedura de un perro rabioso, no han visto entrar por las puertas de su pobre morada á representante alguno de la protectora, ni han recibido el auxilio más insignificante de la benemérita sociedad, infatigable defensora de los seres irracionales.

El mundo está lleno de contradicciones. Es cosa sabida que la Sociedad Protectora posee carros especiales destinados á recoger en las calles á los animales inválidos del trabajo. Como es natural, cada uno de esos carros es arrastrado por dos caballerías. Pero el *quid* no está en esto, sino en que el otro día un grupo de curiosos contemplaba escandalizado á un furibundo carretero, que estaba deslomando en plena calle con una tremenda estaca á dos caballos, que en el ejercicio de sus derechos individuales se habían plantado y negádose á tirar del vehículo; y cuando el furioso automedonte estaba más atareado en llevar el compás de la solfa en las costillas de sus víctimas, á uno de los presentes se le ocurrió leer en alta voz la inscripción que llevaba el carro en uno de sus costados, y con no poco solaz de la concurrencia resultó que el vehículo era uno de los que dedica á sus obras de misericordia la Sociedad Protectora de los Animales. *Tableau*.

**

No ganan los europeos para sustos con la frecuente repetición de los atentados anarquistas. Todavía no se había enfriado el cuerpo de Vaillant, guillotinado en París, cuando estallaba otra bomba en el Café Terminus y otra á los pocos días en la calle Saint Jacques. En Inglaterra, en Italia y en España también ha habido explosiones, aunque por fortuna no ha habido que lamentar desgracias personales.

Cuando en casi todas las naciones de Europa decidieron los gobiernos adoptar excepcionales medidas de represión contra el anarquismo, los ingleses se negaron á seguir el ejemplo de los demás, ya porque veían el peligro lejano, ó quizá también porque creyeron que bastaría la aplicación de las leyes comunes para castigar los desmanes de los anarquistas; pero cuando han visto que el incendio se propaga y que las chispas prenden en su propia casa, se dice que se muestran más dispuestos á seguir la corriente general, tomando medidas extraordinarias.

Es difícil prever el término de la sangrienta lucha entablada y calcular la eficacia de los recursos puestos en juego para contener los efectos de la propaganda de destrucción emprendida por el anarquismo. Es una guerra sin cuartel, en que los enemigos de la sociedad cuentan con el auxilio poderoso de eminentes escritores, con la complicidad fatal de la crisis económica y con el impulso ciego pero temible de un fanatismo que lleva á los hombres á la muerte con la serenidad de un estoicismo imperturbable.

Lo hemos dicho ya antes de ahora. En el conflicto provocado por esta avalancha destructora, la sociedad tiene que defenderse hasta agotar todos sus recursos, que son muchos y poderosos; pero en las treguas que consienta el ardimiento de la lucha será preciso que las clases directoras afronten los problemas que latén en el fondo de esas conmociones semi-inconscientes, para darles razonable solución, anticipándose á la catástrofe. Sería ceguera imperdonable creer que es posible consagrar como definitiva la organización actual y que han terminado con ella de una manera absoluta las transformaciones sociales.

**

Si convertimos ahora la mirada á la situación de Sud América, nos encontramos con que no ha cambiado fundamentalmente el aspecto de las cosas después de nuestra última crónica. La revolución del Brasil no ha adelantado gran cosa, no obstante que desde hace muchos días sus partidarios esperan recibir la noticia de haber caído en poder del almirante Mello el Estado de San Pablo, adonde dirigió sus fuerzas después de haberse apoderado del Estado de Paraná.

En la Bahía de Río el hecho de armas más importante ha sido el combate librado en Nictheroy por las fuerzas del almirante Saldanha da Gama contra el ejército del gobierno que guar-

necia la plaza. De una y otra parte fueron numerosas las pérdidas, contándose por centenares los muertos y los heridos. La victoria quedó indecisa y los revolucionarios se reembarcaron, volviendo a los buques de la escuadra. Aunque el hecho de no haber conservado éstos las posiciones tomadas en tierra durante la batalla ha servido de motivo para que los amigos del mariscal Floriano Peixoto se atribuyan el triunfo de la jornada, no faltan personas bien informadas que explican lo sucedido, diciendo que el mariscal Saldanha da Gama no se propuso apoderarse de Niteroy, para lo cual eran insuficientes las fuerzas de desembarco disponibles, sino proveerse de municiones y armamento, para reponer estos elementos de guerra.

También en Río Grande ha favorecido la suerte a las armas revolucionarias en algunos encuentros; pero como ya decíamos en nuestra crónica anterior, el género de guerra que allí se hace, la configuración del terreno y los recursos de que pueden echar mano unos y otros, impide el término próximo de la lucha entre federales y castilhistas.

En la República Oriental del Uruguay continúa cada vez más complicado el problema electoral. A pesar de la tenaz resistencia del Dr. Ellauri a aceptar la presidencia de la República, no se desconfía de obtener su asentimiento y en este caso se asegura que sería elegido casi por unanimidad. Si no se consigue su aceptación—cosa no lograda en el momento que escribimos—la lucha electoral será muy reñida, pues los partidarios del general Tajes, los del general Pérez y el círculo del Presidente Herrera redoblan cada día sus esfuerzos, sin perdonar medio para asegurar el triunfo de sus candidatos.

Nada nuevo en las relaciones del Perú y del Ecuador, que haga temer una declaración de guerra inmediata; pero mucho para poder calcular que será muy difícil evitarla, luego de vista la ineficacia de los arreglos diplomáticos. Tal debe ser también la convicción general de ambos países, á juzgar por las noticias que diariamente transmite el telégrafo sobre adquisición de material de guerra y organización de cuerpos, formados en su mayoría por voluntarios.

No ciertamente por la cuestión en sí misma, sino por las complicaciones á que ulteriormente pudiera dar lugar, las dificultades de España con motivo de los asuntos de Melilla han tenido el privilegio de absorber la atención de Europa durante la pasada quincena.

Desde luego pudo notarse que el General Martínez Campos no era muy afortunado en sus gestiones con el Sultán de Marruecos en lo que concierne á la indemnización reclamada, cuando pasaban días y días sin obtener una contestación categórica. Se dijo después que una de las naciones más interesadas en Africa, Francia ó Inglaterra, adelantaría al Sultán la suma reclamada como indemnización, interviniendo la misma potencia las aduanas del Imperio marroquí en garantía de su anticipo; y últimamente, suavizando esa indicación, que por lo depresiva no habría sido aceptada por España, se dice que la mediación de las potencias se ha limitado á aconsejar al Sultán que acepte las reclamaciones de aquél gobierno sin más dilación, con objeto de prevenir complicaciones peligrosas.

La devolución de la visita del Emperador Guillermo á Bismarck, la aprobación de los nuevos impuestos y la sanción de los tratados de comercio, últimamente concertados, son las cuestiones que están á la orden del día en Alemania y las que han dado asunto á sus diarios en los últimos quince días.

En Inglaterra toma cuerpo el pensamiento de reformar la Cámara de los Lores, llegando los más radicales á solicitar su supresión. El caso estaba previsto desde que dicha Cámara hizo fracasar el proyecto del *Home-rule*, y la opinión acentuó sus prevenciones contra ella, juzgándola como un obstáculo permanente á toda reforma trascendental.

Sabido es que recientemente Gladstone y su señora pasaron una temporada en Biarritz, y que desde allí hicieron una visita á San Sebastián. El ilustre jefe del partido liberal inglés ha dirigido una carta al Gobernador de la Provincia, dándole las gracias por los agasajos y atenciones que les dispensaron las autoridades. La carta es un modelo de sencillez y de modestia que realza las prendas excepcionales del viejo luchador.

Entre etimólogos.

—¿De donde le parece á Vd. que procede la palabra *novio*?

—Vaya una dificultad; pues viene del latín *novus* que significa nuevo.

—No, hombre, no. ¿Cómo ha de significar nuevo, cuando conozco novios que pasan de los sesenta? Novio, es una palabra compuesta, por que sólo el que *no-vió* es capaz de someterse al yugo matrimonial.

—¿Y qué me cuenta usted de la etimología de la palabra *marido*?

—Que está más clara que la luz; un hombre que *no-vió* y al *mar-ido* para tirarse de cabeza.

Y luego habrá quien diga que no son útiles los estudios etimológicos.

A. ATIENZA Y MEDRANO.

LA IDEA REPUBLICANA EN EL BRASIL

TAL es el título de una obra escrita en francés por Oscar D'Araujo. Circuló á fines del año pasado, y hoy llega á mi mesa de trabajo, un poco tarde—es verdad—pero muy á tiempo.

Republicano y amante de su patria, apenas ha estudiado el autor el movimiento de las ideas democráticas en el Brasil, y no ha profundizado lo suficiente el difícil problema todavía sin solución práctica definitiva.

Con atención y placer pueden, sin embargo, leerse las 153 páginas del libro. Por su concisión, por sus datos históricos, por su estilo claro no dejará de figurar, seguramente, en más de una biblioteca de pensadores y políticos.

No quiero decir con ello que dicha obra sea el producto de una labor constante y de una observación bien dirigida. El espíritu de partido relampaguea algunas veces en aquellas páginas y la pasión política aparece en el fondo y domina como domina el tono en un preludio de orquesta.

Pero dada la situación actual del Brasil y en presencia de la tremenda X que se presenta en el horizonte político de aquel gran pueblo, todos esos detalles hacen más interesante la obra.

El autor ha querido demostrar honradamente que la República no ha surgido en el Brasil como á golpe de vara mágica, sino por la remota corriente de arraigadas ideas—por el desprestigio de la monarquía—y porque los pueblos tienden siempre en su evolución hacia las formas superiores de la organización social, á menos que no estén heridos por una de esas profundas decadencias que aniquilan todo progreso.

Puede aceptarse como una verdad irrefutable que la República era el ideal de todo el Brasil, puede asegurarse que el imperio carecía ya de prestigio al impulso de las nuevas corrientes; pero tal vez se ofusque demasiado el que crea encontrar como único móvil en el alma de la revolución, el amor á la República. Ardua tarea sería analizar la obra de D'Araujo, historia en mano, para seguir paso á paso esa evolución de un pueblo que marcha hacia el ideal acariciado por tres centurias. Labor es esa que no está al alcance de mis fuerzas. Únicamente apunto mis impresiones al correr de la pluma, siguiendo la doctrina del *adorable decididor* Gómez Carrillo.

Cuando Junot, después del tratado de Fontainebleau invadió el Portugal en 1807 para hacer efectivo—decíase—el bloqueo continental, la familia real y toda la corte huyeron de Lisboa y vinieron á refugiarse á Río Janeiro. Desde entonces el Brasil—sometido antes al régimen absoluto colonial—fué un reino hasta cierto punto autónomo, pero estrechamente ligado á Portugal.

En 1821 la revolución de Porto elaboró una Constitución que el Gobierno de Portugal tuvo que aceptar. En el Brasil se pretendió que Juan VI declarara la autonomía absoluta y estableciera una monarquía constitucional, pero éste fué llamado á Lisboa y dejó como regente del reino á su hijo Don Pedro, rodeado de un Ministerio hostil á la autonomía. Se temió el coloniaje. José Bonifacio Andrade é Silva influyó sin embargo con Don Pedro y éste declaró la independencia del Brasil el 7 de Setiembre de 1822. La monarquía constitucional existía, pues, desde aquella fecha en el Brasil. La Constitución promulgada entonces estuvo en vigencia hasta el 15 de Noviembre de 1889.

Como se ve, la familia real de Portugal hizo sabia política, porque en realidad ella quedaba gobernando el Brasil. Es ésta á grandes rasgos y en resumen la historia de la monarquía constitucional é independiente que cayó en 1889.

Desde la época de la colonia hasta el día en que Don Pedro II se sintió impotente, las ideas republicanas se afianzaron más y más. No faltaron nunca apóstoles convencidos, conspiradores

audaces, valientes caudillos, que pagaron bien caro más de una vez su temeridad en el destierro ó en el patíbulo.

Mal podría sostenerse por otra parte un gobierno monárquico en el Continente de la República como hubo de llamar á nuestra América el insigne Castelar. Debe reconocerse, sin embargo, que no hubo esa uniformidad en la acción, esa irresistible corriente que caracteriza las revoluciones gigantes, sino mucho más tarde.

No pocas causas influyeron para que las ideas republicanas dominaran las mayorías.

El autor de la obra á que me refiero señala entre esas causas la de haber reconocido el Brasil el imperio de Maximiliano en Méjico; la insuficiencia política y la falta de generosidad de Don Pedro II, el dualismo de su carácter, su vanidad, y sobre todo el retardo en la abolición de la esclavitud.

Esta fue indudablemente de terribles consecuencias para el imperio. En 1880 se inició la campaña abolicionista. En plena Cámara, un diputado de San Paulo presentó el proyecto bajo una forma tan brillante y sutil que despertó á todo un pueblo de su letargo de tres siglos.

En la prensa y en la tribuna popular José de Patrocínio sostenía con otros muchos la abolición, despertando los sentimientos humanitarios y aplicando el hierro candente sobre la lepra del asqueroso crimen.

Los esclavos abandonaron las plantaciones y reconociendo sus derechos huían despavoridos en busca del trabajo justamente remunerado. El gobierno quiso impedirlo y el ejército se resistió enérgicamente á perseguir á los miserables negros. La revolución abrasaba la atmósfera. La avalancha de la opinión amenazaba el trono de los Braganza y el gobierno sintiéndose débil tuvo que transigir y decretar la abolición. No pudo hacer otra cosa. Medida política salvadora, pero tardía. La prensa, la tribuna, la excitación general, la actitud del ejército, todo fué funesto para el imperio y desde entonces se siente y se palpa el progreso y la organización de los republicanos.

Es necesario reconocer con el autor, el matrimonio de la heredera del trono con el conde d'Eu había sido antipolítico. El manto de púrpura no es para ceñido sino por hombres de genio, de carácter y de corazón. Por lo que he leído, creo que el conde carecía de todo el valor moral para contrarrestar la poderosa corriente de la oposición.

En Pernambuco dijo en un memorable discurso las siguientes palabras que son neta confesión de impotencia y que acusan exagerado candor político:

«El día en que la familia imperial reconozca que el sistema monárquico ha cesado de ser el que la nación desea, ella se inclinará ante la voluntad del país.»

Quien habla así está perdido, porque reconoce su debilidad y confiesa su derrota.

Estas dos últimas causas crearon situación difícil al imperio. No pienso que la intransigencia del gobierno precipitara los acontecimientos. Por mucho que diga D'Araujo, su misma obra nos habla de una prensa revolucionaria, de meetings, de sociedades políticas, de una actividad prodigiosa en la cátedra y en el ejército. Don Pedro por su parte no se da cuenta del volcán que ruje bajo sus pies ó es un soberano liberal y magnánimo que ha querido sacrificar su orgullo y su nombre por la felicidad de sus gobernados y entonces no merece los reproches del historiador.

Botelho de Magalhaes—llamado también Benjamín Constant—fue el alma de la revolución y el apóstol del positivismo en el Brasil. A sus esfuerzos y á su labor debe mucho la República. El fué el cerebro, Deodoro da Fonseca fue el brazo. Y sucedió lo que siempre sucede. La fuerza se sobrepuso. Triunfó el sable. No veo yo en todo ese ejército la convicción profunda, el ideal hecho coraza, la idea hecha acero, sino la desmedida ambición que todo lo sacrifica ante su egoísmo. No me atrevería yo á creer que aquel ejército fundara la República porque satisfacía así sus nobles aspiraciones y las nobles aspiraciones de un pueblo. La República no nació allí pura, inmaculada. Se viene á la memoria Nuñez de Arce:

Brotó de aquella tarde ignominiosa
Como brota la sangre de la herida.
Y como en medio de mortales dudas
Nació de un beso la traición de Judas.

La idea republicana está arraigada en el Brasil. Creo que sería imposible una restauración, pero no veo en la conspiración militar de 1889, revestida con el manto regio de la República, sino una traición y un paso á la anarquía.

Magalhaes tuvo que cederle el puesto á Fonseca. A Fonseca le sucede Peixoto. ¿Y después?

Desde el día en que don Pedro se vió depuesto hasta la fecha, ¿qué han hecho aquellos hombres?

La gran exportación ha disminuido sensiblemente. La situación fiscal ha empeorado. Las plantaciones desaparecen. En vez del arado rueda el cañón por los desiertos campos. A la paz ha sucedido la guerra, la consternación, el bombardeo de Río de Janeiro, la matanza, el atropello, la cesación de todo derecho. Los diarios están llenos de noticias alarmantes y todo el mundo se pregunta con espanto si la hora fatal ha sonado para aquel pueblo floreciente hasta ayer no más. ¿Es esa la República?

No. Esa es la demagogia. No hay que confundir lo uno con lo otro.

Los que proclamaron la República en el Brasil cometieron el error de las exageradas teorías y lo han hecho peor de lo que pudo hacerlo el viejo emperador. Porque en fin de fines los hechos son los que hablan y por sostener absurdos no vamos á sacrificar pueblos y naciones.

Es que en el fondo de todo no está únicamente, como piensa D'Araujo, el impulso constante hacia la perfección.

No acepto el imperio, pero tampoco acepto esa República, porque prefiero el orden y la paz dejando á un lado la falsa palabrería y los nombres bonitos.

El error de los republicanos del Brasil es el mismo error en que han incurrido todas estas naciones de Sud América. El mismo error de los demagogos franceses que ahogaban siempre su República en sangre y en vergüenza, hasta que los hombres como Gambeta y Thiers, tuvieron que fundarla sobre la inmovible base del orden.

La República no puede ni debe ser débil. En lo moral como en lo físico, la ley del equilibrio es reguladora de todo lo bueno. Cuando esa ley no se cumple sobreviene el cataclismo: el gran ciclón de 1893 ó la revolución del Brasil. Sin la poderosa caldera de hierro, el vapor no desarro-

llaría la presión y con ésta el movimiento. Y la maquinaria sería todavía deficiente si al lado de la prudente válvula no contara con el matemático regulador.

Nosotros debemos volver los ojos hacia aquellas playas y estudiar lo que allí pasa con ánimo desprevénido para aprovechar tan tremendas lecciones.

Confusión, caos, es el resultado del error. Partiendo de ese modo no puede irse al bien y cuan-



República del Uruguay — General Leandro Gómez, el héroe de Paysandú

do la ambición y el egoísmo se valen de la fuerza y de la intriga, no hay que esperar consoladora cosecha.

La actual desesperante situación del Brasil no viene á ser sino el resultado de una política falsa, basada en el error.

Entre tanto, la guerra civil continúa terrible y desoladora, hasta que las reclamaciones de las potencias extranjeras y su intervención más ó menos directa ponga fin al desastre.

Al Brasil le falta por el momento lo principal: un hombre.

ERNESTO O. PALACIO.

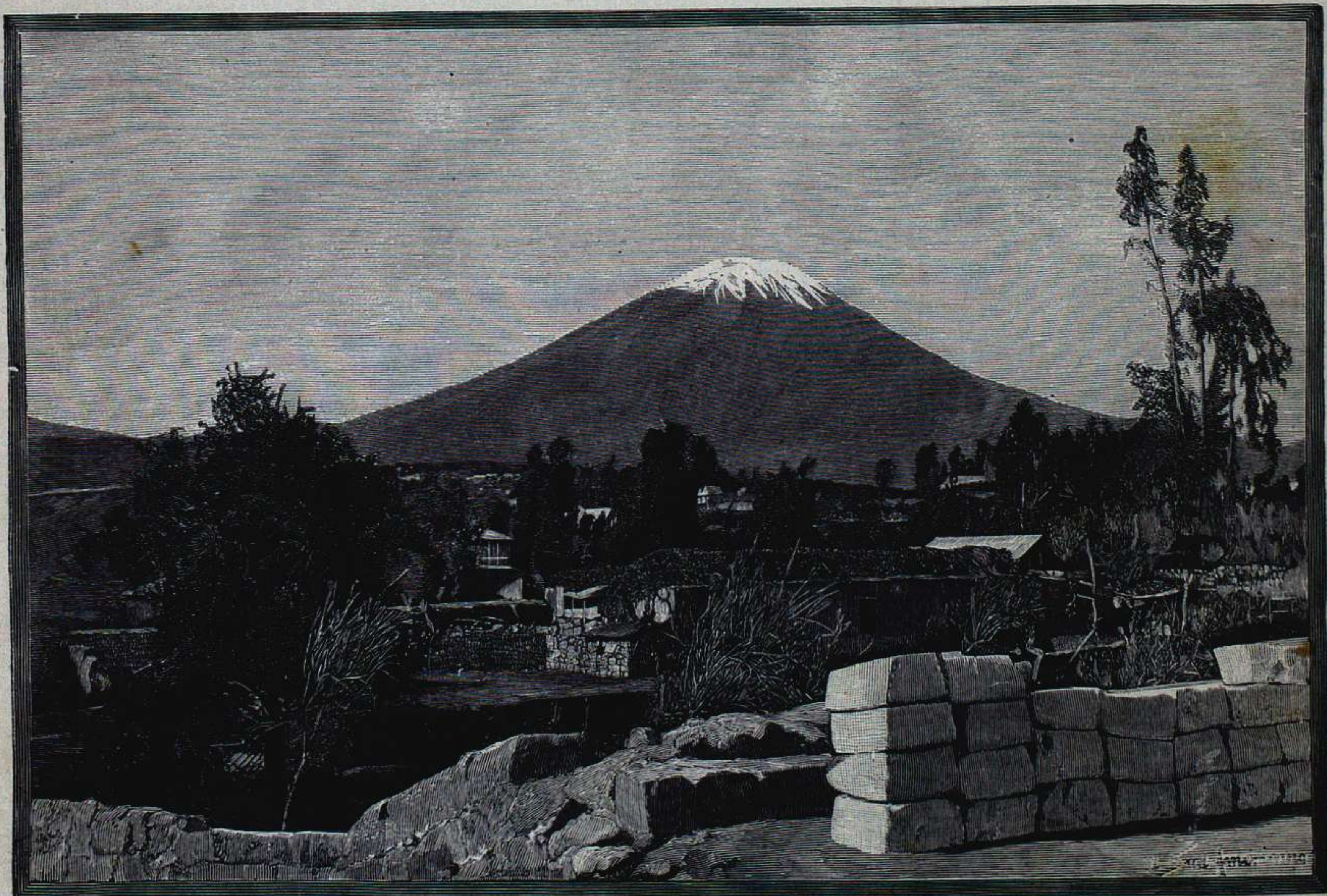
¡HORROR!

ERA la noche de un martes de Carnaval. De todas las calles adyacentes á la plaza y que convergen á su centro, afluíó numeroso gentío atraído por el disparo de un arma de fuego; allí la masa de los curiosos se hacía de segundo en segundo más compacta, cruzándose sin cesar las preguntas y las exclamaciones de los que comentaban el hecho ó indagaban lo sucedido.

He aquí lo que presenciaron los que se hallaban en primer término, más atrevidos en abrirse paso ó más activos en acudir.

Extendido en el suelo y bañado en sangre, agonizaba un hombre, un niño más bien, pues no debía contar más de 16 ó 17 años, herido en el pecho,—al parecer mortalmente—sin duda por el arma que yacía á su lado y cuyo estampido había hecho acudir toda aquella muchedumbre que se apiñaba en su alrededor, horrorizada y curiosa á la vez.

El dolor descomponía en aquel momento sus facciones; no tanto, sin embargo, que no se adivinara que eran finas y delicadas. Las líneas de la imberbe cara no eran regulares, pero atraían agradablemente la mirada. Su cabello era negro, rizado naturalmente, negros también sus ojos, horriblemente dilatados ahora por el sufrimiento. La boca pequeña y bien dibujada, estaba entreabierta descubriendo dos hileras de blanquísimos



PERU.— EL MISTI — VOLCAN SITUADO EN UN RAMAL DE LOS ANDES



DOCTOR DON EMILIO FRERS
Director del Departamento Nacional de tierras, colonias y agricultura
de la República Argentina

dientes nerviosamente apretados y que producían al ludir, ruidoso crujido.

Con la mano derecha apoyada en el suelo trataba en vano de incorporarse, no consiguiendo sino aumentar su padecimiento, mientras que con la izquierda, que oprimía con singular afán sobre el pecho, extraordinariamente desarrollado, parecía querer retener la sangre—de un rojo extraño—que se escapaba á borbollones de la herida, deslizándose entre los dedos y empapando en su paso el elegante traje del desgraciado.

A dos pasos de éste, otro mancebo de unos veinte años al parecer, se mantenía de pie con los brazos cruzados y la vista fija en el herido. Su aspecto simpático y agradable contrastaba con la sonrisa diabólica y despreciativa que aparentaba ante tan triste espectáculo. Esta reflexión surgía evidentemente de la imaginación de todos los presentes; pero como ninguno había sido testigo del hecho, se preguntaban, ¿qué papel habría desempeñado en el drama aquel hombre á quien la agonía de un semejante producía risa y desdén? Los que primero había llegado, referían que al ruido del disparo se habían dirigido presurosos hacia el sitio de la plaza de donde había partido, y lo que habían visto era precisamente lo que todos ahora presenciaban—un hombre tendido en el suelo y derramando sangre de la herida que cubría con sus manos y otro de pie contemplando friamente el lastimoso suceso.

¿Se encontraban delante de un asesino, ó de un curioso como ellos? Lo primero era más verosímil, pues á nadie más se había visto, nadie se había fugado. ¿Cómo explicar entonces la actitud del presunto criminal? Un hombre que acaba de matar á otro no permanece tranquilo frente á su víctima, y por desalmado y cruel que fuere, su ademán no puede reflejar tanta indiferencia ó más bien tanta satisfacción. ¿Sería acaso el resultado de una lucha entre dos rivales ó de una venganza de honor? ¿No procedería quizás el comportamiento del agresor, de la satisfacción del triunfo sobre un enemigo aborrecido?

¡Si á lo menos el herido hubiese podido hablar! Tales eran las reflexiones que embargaban el

espíritu de los espectadores, sin que uno solo de ellos se atreviera á interrogar al criminal, ni mucho menos á apoderarse de él, tanto menos cuanto que no parecía inquieto ni manifestaba deseos de huir. Pero en aquel momento un voz recorrió toda aquella masa de gente.... ¡La policía!

Efectivamente, prevenidos por los toques de auxilio de un agente que no se había atrevido á obrar por sí solo, se apercibía á lo lejos un grupo de vigilantes encabezados por un oficial, los cuales acudían ahora á toda prisa, corriendo afanosos como para ganar el tiempo perdido.

Cual por encanto se transformó la actitud de los dos personajes del drama: el pueblo pudo presenciar que aquel á quien presumían criminal, había perdido su aire resuelto y satisfecho, apoderándose en cambio de él un temblor exagerado y una agitación increíble. Probablemente prevalecía ahora su natural cobardía, pues repitió maquinalmente ¡la policía!

En cambio el herido pareció animarse y como si no esperara más que aquella llegada para recobrar la palabra, exclamó claramente, mirando con fijeza á su agresor.... ¡él es!

¡Asesino! gritó ya convencida la muchedumbre abalanzándose hacia el criminal al tiempo en que los agentes se hacían paso y se apoderaban de él, sujetándolo y maniatándolo.

—¿Usted ha herido á este joven? preguntóle conmovido é indignado el oficial.

Pero las emociones de los curiosos no iban á terminar, pues en aquel instante el detenido volvió á recobrar su calma anterior y sin contestar á la autoridad, se refugió nuevamente en su sonrisa despreciativa. El herido pareció notar este cambio y repitió entre conmovedores gemidos.... ¡es él! ¡es él! y como sin duda este esfuerzo aumentó su dolor, oprimió más aun con su mano la horrible herida y de ésta partió un copiosísimo raudal de sangre, de esa sangre tan roja y tan nauseabunda, que le cubrió completamente la mano, llegando en un segundo hasta el suelo en tremendos borbotones....

¡Ha muerto! gritó el gentío horrorizado.

¡Ha muerto! repitieron los agentes, dirigiendo-

se al asesino, como para mostrarle el horror que les causaba.

¡Ha muerto! dijo, en fin, á su vez el detenido prorrumpiendo en horrible carcajada.

Ya el pueblo no podía contenerse; tanto cinismo lo enfurecía.

¡Qué muera él también! clamaban todos, mientras se precipitaban en tropel hacia el herido, tratando por fin de socorrerle.

Allí yacía el pobre mozo con su carita imberbe é interesante, con su rizado y negro cabello, conservando aun en su agonía la mano sobre la mortal herida.

¡Pobre joven! decían las gentes—parece que se sonríe en medio de su dolor—y lo levantaron con solícito cuidado, asiéndole quien de los hombros, quien de los pies, quien del cuerpo....

Peró por mucho empeño que pusieron en ello no pudieron evitar el brusco atropello de un personaje, disfrazado de ridículo *pierrot*, el cual—distraidamente, sin duda—vino á caer con todo su peso encima del pecho del.... muribundo, produciendo—¡oh terror!—un trémendo crujido parecido al estallido de una vegiga llena de aire.

De resultados del golpe se vinieron al suelo el herido y sus caritativos auxiliadores envueltos en un nuevo mar de.... sangre!

Precipitose la muchedumbre enloquecida por esta postrera y *horripilante* complicación; precipitáronse igualmente los agentes, dejando olvidado al asesino, el cual seguía riéndose á carcajadas en compañía ahora del desvergonzado *pierrot* y de.... ¿en compañía de quién creerán ustedes, Dios mío?... ¡de su víctima! sí, de la agonizante víctima y los tres, enlazándose gentilmente, dirigieronse á una al pueblo enmudecido por la sorpresa:

—Señores, en estos días de Carnaval prueben el excelente vino marca....; es el mejor, y sobre todo, como de ello pueden ustedes convencerse, posee un *color especial*!

CUENTOS DE BRUJAS

Yo no he visto quien tenga tan completo saco de aventuras, ni quien las vaya sacando con tanta seriedad como el doctor Arthur Meredith, de la Universidad de Cambridge. Sus amigos americano solemos decirle que en Andalucía, en donde vivió diez años, aprendió además del castellano ceceo que habla, las andaluzadas que le han acontecido.

Terminada la comida en que le fui presentado, sirvieron los mozos el café, trajeron cigarros y comenzaron el fuego graneado de anécdotas con que rematan todas las agapes americanas.

Cuando llegó su turno a nuestro doctor, enderezóse en la silla, descendió el cigarro, escurrió el resto de una copita de Jerez, como para evocar la musa gaditana, y dijo:

—Estando yo el año pasado en Hot Springs, como médico de una dama de Baltimore que a aquellas saludables regiones de la Carolina del Norte había ido a ver si los pinos le fabricaban un pulmón nuevo, recibí un mensaje muy extraño, del cual era portador un mensajero aun más extraño, un chiquirritín desarrapado, enclenque y flaquisimo, sobre cuyos hombros de ropero, se asentaba un magnífico espécimen de hidrocefalia. El mensaje decía en letra de brujas y diabólica ortografía, que siguiese al esqueleto, si era yo hombre de pelo en pecho, y que llevase conmigo mis avíos de obstetricia. Esta cláusula del mensaje bastó a decidirme. Se trataba, señores, de un parto, y era imposible que tras de semejante invocación a mi deber, se ocultase una celada. Ya supondréis, pues, que seguí al misterioso delegado; quien no obstante sus flaquísimas piernas y su pesada cabeza, marchaba al paso de mi mula, guiándome por los más peligrosos senderos de la montaña con verdadero instinto de cabra.

Al cabo de media hora llegamos a una pelada meseta, de donde torcimos a la derecha y nos introdujimos en una espesa selva. Pronto fuimos a dar a una especie de quebrada, y de la eminencia que la dominaba nos alertó una voz bronca, que parecía rugido. La voz procedía de un hombre muy barbudo, muy cabelludo, muy selvático, con todas las trazas de un ogro. Vestía camisa roja, calzón terroso, y calzaba altas botas cubiertas de un limo semi-verde. Al cinto llevaba enorme cuchillo, y en la mano balanceaba un Winchester. El renacuajo que me guiaba le habló en jerga, silvó el ogro y a su reclamo acudieron seis ogros más, todos poco más o menos de la misma salvaje catadura. Hiciéronme señas de que me desmontase y de que los siguiese a pie. Me desmonté y los seguí por vericuetos estrechísimos, apartando con las manos las ramas de los pinos, que tras de nosotros volvían a cerrarse violentamente, como enojadas y bravías. Diez minutos después llegábamos a una especie de campamento formado de chozas construídas con troncos sobrepuestos. En la más espaciosa de aquellas cabañas moraba el capataz de la gavilla, quien me recibió con afabilidad de bestia que se humaniza, y conduciéndome al interior me dijo: «¡Mi mujer!» Esto me lo decía señalándome a una infeliz que se revolcaba en una estera dando alaridos. Era un caso de *parodinia* bastante penoso; pero como la paciente era robusta y yo tenía un hambre de todos los demonios, salimos del paso en un dos por tres.

En cuanto el oírto chilló se me vino encima el ogro padre, y apretándome la mano con las cinco tenazas que llevaba pegadas al extremo del brazo, me dijo: «Hábil, valiente, gracias!»

Salí del bohío para respirar un poco de aire puro, y encontré formados en línea a los hombres aquellos, quienes fueron adelantándose y dándome palmaditas de a media tonelada acompañadas de sonrisa de á jeme y esta sola palabra: amigos!

La comida se sirvió en uno como sótano atestado de toneles, alquitaras, botellas y damajuanas, sacos de corcho y barras de lacre, y en donde prevalecía un fuerte tufo de licor. Aquellos hombres y aquellos toneles me recordaron a los enanos que emborracharon a Rip Van Winkle. Destaparon una damajuana, me sirvieron un vaso; oí el licor, lo llevé a los labios y todo el misterio se me reveló al instante. El brevaie era *Whiskey* de maíz. Me encontraba entre una banda de destiladores fraudulentos conocidos con el nombre de *moonshiners*, a quienes el fisco manda perseguir y a quienes los agentes del fisco hacen que persiguen, como los carabineros de zarzuela.

Nos sentamos a la mesa, hizo ronda varias veces el botijo llenando las copas, y como si cada trago diese una vuelta al cerrojo de aquellas

bocas, fueron soltándose poco a poco las lenguas, picándome puntos para saber lo que pasaba por el mundo, del cual vivían casi incomunicadas aquellas gentes. Yo que no me hago de rogar y el whiskey de contrabando que quería estar solo, sacándome para ello las ideas del cerebro, comencé a dar mi conferencia sobre lo mal que iba la política, lo descuidado que marchaba la policía, al extremo que cada cual podría hacer lo que le diese la gana; sobre la tiranía de las leyes, que prohibían todo negocio honrado, por ejemplo, el que ellos hacían; sobre lo adelantado que andaban los trabajos de los socialistas y lo próximo que estábamos a ver a los ricos chupándose el dedo y a los pobres atascados en millones; todo lo cual encantaba a mis comensales, haciéndoles cambiar entre sí miradas de satisfacción.

Agotada la materia por ese rumbo, eché a discurrir por el amplio campo del progreso material; y dije como por medio del teléfono se secretaban las gentes a las más grandes distancias; y cuando llegué a describir la maravilla del fonógrafo les dije: «Vean Vds.: mi primera mujer era una guapísima hija de Andalucía, que cantaba peteneras como nadie en toda España. Yo se las hacía cantar delante del fonógrafo, para que éste me las repitiese cuando estábamos separados por motivo de algún viaje. Hace tres años que a mi pobre mujer la llamó Dios, y yo tomé otra aquí en los Estados Unidos, la cual no quiere ni que yo nombre a su antecesora. Cuando tenemos alguna trocanta, ella se larga para el teatro y yo echo mano a mi fonógrafo, pongo a girar el rodillo y me desquito oyendo la voz de mi primera mujer, que me canta sus peteneras como si estuviera viva y a mi lado, de tal modo que yo, palmoteando le digo: «ole, salerol...» Tan enfascado estaba yo en mi relación que no advertí cuando se habían marchado tres de mis oyentes. Los otros que quedaban se fueron levantando y tamando soleta, no sin echarme miradas amenazadoras.

El último de ellos llegó hasta sacar a media hoja el cuchillo, miróme de reojo, y dijo dándose un furioso puñetazo en la rodilla: «agradezca que ha salvado la mujer del amo, que si no...» Y salió mascullando una blasfemia.

Quedé a solas con el gran ogro, quien me clavó sus ojos felinos en que se veían fosforecer unas llamas verdes, y me dijo: «Marcharse ahora mismo. No respondo de Vd. Imprudencia. Burlarse de gente sencilla y honrada...»

—¿Burlarme yo?—pregunté con extrañeza.

—Sí, Vd; me contestó el amostazado animal. Mentiras grandes, cuentos de teléfonos, paparruchas de fonógrafos; gentes que hablan y cantan después de muertas; patrañas todas para engatusarnos. Le matan a Vd. esta noche. Véngase conmigo.

Y me arrastró aquel desalmado hasta ponerme sobre la mula, entregándome de nuevo al renacuajo después de meterme en el bolsillo una moneda de veinte dollars y un frasco de whiskey.»

Concluyó el Doctor su relación y se quedó mirándonos como quien solicita un testimonio de credulidad. Nosotros le contestábamos remediando el gesto amenazador de los enanos de la montaña.

—¿No lo creen?—nos preguntó desalentado. Pues, miren.... Y diciendo así entrelazaba los dedos de ambas manos hasta formar una empalizada de cruces. Por este puñado de....

—No vaya a jurar en andaluz, doctor, porque menos fe le daremos a su historia; le dijimos interrumpiéndole.

—Que me caiga aquí mismo muerto, si no es verdad lo que acabo de contar.

Y lo peor es que era cierto. Pero ¿quién iba a creer a un yankee que ha vivido tanto tiempo entre andaluces?

N. BOLET PERAZA.
(Venezolano.)

EL MEDICO

A principios del año 18..., los periódicos de París daban la siguiente noticia:

«El cólera morbo ha hecho su aparición en Madrid.

El célebre doctor David sale hoy para dicho punto con objeto de estudiar de cerca tan terrible epidemia.»

Muy célebre era, en efecto, el doctor David; sus trabajos profesionales le habían captado la admiración general. Médico-director de un gran hospital, oficial de la Legión de Honor y además profesor de la Facultad de Medicina, ocupaba una posición envidiable.

Para sus íntimos, alumnos ó amigos, el doctor David era el médico modelo; sabio, sin pedantería, bueno y modesto, cariñoso con sus enfermos, era admirado y querido de todos.

Sin embargo, todos estaban conformes en que alguna gran desgracia había turbado aquella vida de trabajos y de heroísmo, pues hacía mucho tiempo que nadie había visto sonreír al doctor; y cuando hablaba, su voz tenía tal timbre de tristeza, que dejaba adivinar un gran pesar.

El doctor David, cuando llegó a la celebridad, contrajo matrimonio con una hermosa joven que se encontraba en la más espantosa miseria. Vivían felices, viniendo a estrechar los lazos de aquella unión una niña, a quien el doctor adoraba con ceguedad.

David vivió algunos años en la más dulce quietud, sin apercibirse, engañado por su corazón, que poco a poco, sin motivo alguno, los sentimientos de su esposa cambiaron de una manera singular.

A los primeros transportes de un corazón más bien reconocido que enamorado, se habían sucedido una tranquila afección, más tarde una indiferencia absoluta, y al fin el desdén y el odio. Aquella mujer llegó a sentir hacia su esposo una repulsión que nada justificaba. Llegó un día que, perdido el sentido moral, su honradez sucumbió a los sofismas que la dictaba el tedio; las tentaciones de la sociedad que frecuentaba la arrastraron: tuvo un amante.

El doctor no vio nada, no supo nada, hasta que un día, al entrar en su casa, se encontró con que su esposa le había abandonado llevándose su hija.

Aquella desgracia pudo matarle.

David no comprendía aquella fuga; interrogó su conciencia, buscó sin encontrar la razón de aquella traición; pero bien pronto las indiscreciones y la maldad le hicieron conocer las pruebas indiscutibles de la infamia de su mujer.

Sus ojos se abrieron a la verdad, y el desprecio que se apoderó de su alma le procuró cierta indiferencia.

Buscó en la ciencia el olvido de sus pesares, trabajó encarnizadamente, consagrándose en cuerpo y alma al estudio de las dolencias que afligen la humanidad.

Los años blanquearon sus cabellos; pero no pudieron calmar el dolor que le produjera la desaparición de su querida hija, y buscando todas las ocasiones de sacrificarse, tanto por deber profesional como por desprecio a la muerte, partió para Madrid a cuidar coléricos.

Una noche, cuando volvía a su hotel, se vio interpelado por un hombre, que le preguntó si era el médico francés de quien tanto se hablaba. David contestó que ignoraba si se hablaba poco ó mucho de él; pero que, efectivamente, era médico y francés.

—Pues bien—dijo entonces el hombre—vengo a buscaros: una señora francesa se encuentra en mi casa gravemente enferma, y hemos pensado que, como compatriota vuestra, os comprendería mejor que a nosotros.

—Es muy tarde respondió el doctor;—pero no importa... ¡Vamos!

Entraron en una casa de uno de los barrios extremos de Madrid. El doctor, siguiendo los pasos del hombre penetró en la habitación donde en misero lecho, yacía la enferma con la cara vuelta a la pared.

Una lamparilla colocada en una mesa, iluminaba aquella estancia con su luz rojiza y mortecina.

El doctor se conmovió profundamente. En su larga carrera había visitado muchos enfermos, y jamás había sentido una sensación tan penosa.

David dijo dirigiéndose a la enferma:

—Señora, ¿cómo os encontráis?

Al oír la voz del doctor, la enferma volvió la cara, y David estupefacto, reconoció a su mujer, y se quedó mirándola fijamente.

La enferma balbuceó: ¡Tú, tú aquí!

—Primero el médico, después... contestó el doctor. Y con la misma sangre fría, como si estuviese en el hospital rodeado de sus alumnos, examinó detenidamente a la enferma, abrió su botiquín, y con firme mano preparó una poción en un vaso. Volvió al lado del lecho con el vaso en la mano.

De repente una idea surgió en su cerebro; dejó el vaso encima de una mesa, y con voz grave y triste la dijo:

—Ya sabéis, señora, que me engaño pocas veces, y si me negáis otras cualidades, a lo menos me concederéis que nunca he mentado; pues bien

—dijo señalando el vaso con la mano, eso es para vos la vida.

El esposo ultrajado, el hombre engañado, el hombre á quien habéis hecho desgraciado os ha perdonado. Pero existe una herida que aún no se ha cicatrizado. ¡Soy padre! Decidme qué habéis hecho de mi hija... Nadie puede ahora socorrerlos, vuestra vida está en mis manos... ¡Devolvedme mi hija y os salvo!

La enferma no movió los labios.

—No os pido que os arrepintáis. He ignorado siempre el motivo de vuestra crueldad, y no quiero saberlo. Pero entregadme mi hija y os haré vivir, os devolveré la calma perdida, el respeto del mundo...

¿No me cotestáis? Por muy grande que sea el odio que me profesáis, tened piedad de mí. Sois madre. ¿Qué no haríais por vuestra hija?

La enferma seguía en silencio.

—Así—continuó David—¡nada os conmueve! Ni recuperar el honor perdido, ni las lágrimas de un padre, ni las suplicas de un hombre á quien torturáis sin piedad, ni la esperanza de vivir os hace hablar. Sea. Guardad vuestro secreto. Pero os prevengo que lo llevaréis muy lejos... á la tumba.

Y se dejó caer en una silla, loco, desesperado cubriéndose el rostro con las manos.

Un doloroso combate se trababa en su alma. ¿La dejaría morir? Su conciencia le gritaba que era un crimen. Su corazón y su deber profesional se lo prohibían. Al fin el médico venció al hombre. Volvió al lado del lecho con el vaso en la mano.

—Señora, no soy como vos; vuestro silencio es infame, pero soy hombre de honor y cumpliré con mi deber. Tomad, y bebed. Callaos, si así lo queréis.

Entonces la enferma se inmutó; una lágrima resbaló por sus mejillas, y en voz baja, muy baja:

—Tenéis un gran corazón...—dijo—gracias por vuestra generosidad. ¿Qué haría de la vida? Vuestra hija está en el convento de X... Id á buscarla y sobre todo... sobre todo no la hagáis que maldiga á su madre.

Y cogiendo el vaso lo arrojó resueltamente al suelo, donde se hizo mil pedazos.

J. SOUCHET.

PIERROT

Ahl buen Pierrot de tintinabuladores cascabeles y polícroma sedería, de gorro fantásticamente retorcido donde chispea un boliche de oro, ríe con tu risa cristalina y burlona!

Yo te recuerdo, loco compañero de las alegrías juveniles, y en torno de las repletas mesas festoneadas de guirnalda frescas, lucientes, donde bullen alegres, mundanos y aturridos estudiantes que embrazan las flexibles cinturas para libar en las carmineas bocas resabios de licor, he visto explender, en el extremo de las finalmente recorvadas flamas de los candelabros, con destelleos funambulescos, el áureo boliche de tu retorcido gorro.

El tintineo de las bohémicas copas al rozar sus coloreadas aristas, cuando la orgía llega á su maximum de locura, trae á mi oído el estruendo cascabelero de tu rauda galop. En todo festín ruidoso hay para tí reservado un cubierto. Y tus frases espirituales, como buen parisiense, aletean de boca en boca derramando por doquiera el placer.

Tú, eterno reidor, eres, quizás, quien mejor que nadie ha comprendido este mundo. ¡Tú no sufres, porque sabes reír. Ríe gracioso humorista cuanto quieras, y yo contigo también reiré!

Que una virgen, nivea y castísima, demande pan á trueque de su honor, y que en la noche convulsa y agitada desmelenada la blondísima cabellera esperando al perfumado y vetusto sátiro cuyas monedas han locupletado con largueza la bolsa de la despreocupada madre. ¿Qué nos importa eso, gracioso Pierrot?

En el garito, sobre el verdoso y deslustrado tapete, juega el calavera no sólo su cuantiosa fortuna, sino hasta el honor de su familia, y después, enloquecido, cimiendo sobre su frente las sombrías alas del ave de la miseria sella con plomo el fatídico libro de su destino. Hay un cadáver, una esposa, hijas indigentes que reclama el burdel! Y tú Pierrot, ¿qué haces? Lo veo; reír. Ríe, buen Pierrot, ríe como río yo!

En el lujoso lecho que apenumbra colgadas de fino encaje de Valenciennes, junto á her-

mosa y escultórica matrona dormida á quien el mundo juzga émula de la Penélope odiseaca, agítase insomne, atenaceado por crueles celos, el caro esposo.

Ha sorprendido en el escultado «secretaire» adamasquinada obra de orfebrería, misiva perfumada y delatora de los adúlteros amores. El buen marido asistió aquella noche á la representación de Otelo, y bulle en su cabeza la peregrina y romántica idea de parodiar con la fementida la acción del celoso moro. ¡Bah! ¡Dar asunto para la crónica escandalosa del gran mundo! Entonces en el alabastrino rostro dibujóse, irónica y friamente punzante, la sonrisa de la maledicencia. Y mi Pierrot, alado é invisible, que volteja siempre sobre los lechos suntuosos y en torno de las aporcelanadas bombas, sonrió bonachonamente, así como lo hacen los elegantes ante los escándalos conyugales.

¿Hay joven ardiente y doncella que malentientene las altas horas de las estivales noches? Sonríe Pierrot con tu aire malicioso de Cupido, haciendo cascabelear el áureo boliche de tu funambulesco gorro...!

¡Otra abandona impúdica el maternal hogar por seguir á su raptor, mancillando blancas canas y arrasando en lágrimas maternales ojos! ¡Ahl! ¡Gentil Pierrot, ríe, ríe! Nunca los gemidos de una madre podrán enmudecer tu ensordecedor cascabeleo, que remeda la barahunda mundanal.

Bajo el ropón talar, en la fría celda de desnudas paredes, anidan nefandos vicios; hay bocas que más entonan báquicos cantares, que sagradas salmodias. Y al través de mal unida rejilla temblequeadora, pónanse seniles labios sobre los carnosos y purpúreos de núbiles confesadas. ¿Frunces las pintadas cejas, Pierrot? ¡Bobería! Cruza gravemente tus prolongadas piernas, palpa tu joroba de bufón, y guiñando los malignos ojos, lanza mefistofélica, mundana é implacable esa carcajada que suena á mi oído como fustazo sobre desnudo rostro.

Aquel anciano pálido como si fuera vaciado en molde de marfil, declama airado contra los extravíos de la juventud, su índice, siempre rígido, señala al vicioso, y en su rostro se dibuja la repulsa á todo lo que está manchado. Pues bien; la otra noche la puerta de la mancebía fué estrecha para darnos paso. ¡Ahl! buen Pierrot, cómo enrojeces bajo los accesos de tu inusitada risa! Tú los conoces muy bien. Por eso las noches de Carnaval voltigeas á su alrededor, aturdiéndolos con tu argentino tintinabuleo.

Pierrot, alegre y bonachón, de carcajadas humorísticas, habrá quien te crea superficial, quien te confunda, quizás, con juglar de feria. No; dile que se equivoca, reidor de buen tono, filósofo del placer. Tú no ries, como el bufón insensible, de éste ó aquel infeliz; tú ries de todos sin excepción. Ni te ensañas con la doncella impúdica, sino con la impudicia de la doncellez.

Nivelas, justiciero, todas las rediculeces de la humana existencia. Desde muy alto contemplas el mundo, y desde ahí todo se ve pequeño. Te acusan de aturrido, y las bacanales y las orgías?... Miseria y pequeñez, risibles esfuerzos gigantescos en seres de pequeña talla, contiendas inacabables por misérrimos intereses, odiosidades vanidosas, las lágrimas del pobre, los goces del opulento, todo es igual para el Pierrot humorista. El ríe de eso.

¡Pisst, Pierrot, acalla tu rumoreo argentado, deja un instante de reír y escucha! Te voy á hacer una confidencia, compañero de risa: ¿sabes que mi carcajada suena á hueco como si la diera encerrado en una vastísima bóveda sepulcral, y su tableteo prolongado simula á mis oídos el fatídico golpear del azadón sobre viejas y arrumadas cajas funerarias? ¿Afirmas moviendo melancólicamente la cabeza, lo que digo? Si, hay también en tus risotadas un matiz de tristeza...

¡Ahl! ¡que no se sepa! Y agitando bulliciosamente, prolongando tus desarticuladas piernas de puntiagudos chapines, ríe, ríe más fuerte funambulesco Pierrot!

JOSÉ ANTONIO ROMÁN.

Lima, 1894



Sr. D. Porfirio Díaz—PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE MÉJICO—El actual Presidente de este Estado, es una de las primeras ilustraciones de Méjico: guerrero, estadista y legislador eminente.

Nació en 1830 en aquella tierra de Oaxaca, que fué madre de los factores más importantes de la independencia mejicana. Desde los primeros años mostró su predilección por la carrera de las armas. Observador, activo, dotado de exquisito sentido práctico y amante del progreso, se consagró á la causa liberal, reuniendo el valor del soldado á la previsión del hombre de Estado.

Nombrado en 1855 subprefecto del departamento de Ixtlan, luchó con la escasez de recursos pecuniarios para organizar tropas y proveer á su sostenimiento, en aquel período de continuas guerras civiles.

Iniciada la lucha entre liberales y reaccionarios, don Porfirio Díaz obtuvo el mando del segundo batallón del Estado de Oaxaca, en Diciembre de 1856, y en Agosto del año siguiente recibió una herida que puso en peligro su existencia.

Apenas convaleciente realizó audaces hechos de armas contra los reaccionarios, entre otros, el de 9 de Enero de 1858. Pocos días después, el 16 del mismo mes y año, triunfó la causa liberal, y en Febrero siguiente, el joven y ya benemérito comandante obtuvo un brillante triunfo en Jalapa, centro de los reaccionarios. Ocupada la ciudad de Tehuetepec, Porfirio Díaz fué promovido al empleo de coronel y encargado del mando militar de aquel departamento. Allí fué revestido por el Gobierno de amplios poderes y sostuvo gloriosamente la campaña.

En Noviembre de 1859, los reaccionarios mandados por el general Mejía, organizaron una expedición para apoderarse de un depósito de armas y municiones que existían en Tehuetepec; Porfirio Díaz trasportó el depósito á un pueblecito á siete leguas de la ciudad, la cual dejó abandonada á los enemigos. Reorganizadas sus fuerzas vuelve á la ciudad, apoderándose de ella y reportando un triunfo completo.

Pasamos á aquel período de la invasión francesa y del imperio, terrible y heroica epopeya en que el pueblo mejicano escribió con sangre en los campos de batalla las gloriosas páginas de su historia. Durante aquel período cada batalla fué para D. Porfirio Díaz un triunfo. El memorable asalto de Puebla el día 5 de Mayo de 1862, ciñó la frente del general Díaz con un lauro glorioso. Si Benito Juárez fué la inteligencia directora de aquella titánica lucha que se cerró con la tragedia del Cerro de las Campanas, Porfirio Díaz fué el brazo potente, junto con Manuel González, Riva Palacio, Zaragoza, Mena y otros.

Después del triunfo de la República, Porfirio Díaz se retiró á su posesión de la Noria, esperando que la patria pudiese todavía necesitar sus servicios.

El día no se hizo esperar. En Setiembre de 1876, D. Porfirio Díaz era electo Presidente de la República. De entonces data el período de regeneración que ha hecho en pocos años de Méjico una de las naciones más civilizadas del mundo.

La ciencia obtuvo valioso apoyo del nuevo Presidente, quien con sus ideas de progreso inició todas las grandes obras públicas, como la vasta red de ferrocarriles de que Méjico estará provisto en poco años, y de la cual se derivarán nuevas fuentes de bienestar y riqueza.

Al terminar el cuatrienio constitucional, el general Díaz era más popular que el día de su elevación á la presidencia.

En 1884 fué nuevamente llamado al poder supremo en circunstancias verdaderamente difíciles para su país. Las cajas del Estado estaban exhaustas; una crisis general paralizaba la industria y el comercio, y el horizonte político se presentaba tempestuoso. Al ocupar el poder comenzó enérgica lucha contra todos los obstáculos, y admirablemente secundado por sus ministros, consiguió librar á su país de las dificultades económicas que amenazaban arrastrarlo á la bancarrota, restableciendo el crédito é hizo renacer en el interior el bienestar y la confianza.

Caracterizan la gran figura del general don Porfirio Díaz, el valor intrépido, el ardiente deseo de la gloria, la energía y la fuerza de voluntad de los héroes.

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA se complace en acompañar, con estas breves líneas, el retrato que publica en este número del ilustre Presidente mejicano.



NORTE AMERICA — INCENDIO DE LA EXPOSICION DE CHICAGO — Dibujo de W. L. Dooge

PAGINA FALTANTE

NORTE AMERICA — INCENDIO DE LA EXPOSICION DE CHICAGO — Dibujo de W. L. Dooge



PAGINA FALTANTE



también, y el gran molinete el Barbisier tenía un modo de ... » Se sonreía de mala u parecer, eran contrarios á laraba sin cesar que nunca usurpada se veía devuelta

raceros, bajo el nombre de n por haberle suprimido la da», y el coronel llamándole lonado:

adereo nombre, amigo? No sno hay en la feria que se

imiento bien montado. Su n el ejemplo de la más severa eta.

triales, atraídas al regimiento por el amor á las charreteras y á los títulos, se presentaban de visita en casa de su superiora compuestas como relicarios, perdidas en medio de pieles, ó remolineando bajo los encajes.

Ninguna se atrevía á contradecir las opiniones de la coronela y todas recibían sumisas la lección. Salían de allí algo nerviosas, y la buena señora las seguía con los ojos, murmurando entre dientes:— «Tomen ésta y vuelvan por otra, codornices mías!»

El regimiento, como todos los de la caballería francesa, se componía en

Una sola nube existía, y estaba bien escondida. En lo más recóndito de su corazón la señora de Barbisier abrigaba atroces celos por los galones del coronel.

Así es que no se veía en su talle y en los bordes de su vestido más que adornos que recordaban con más ó menos exactitud aquellos soberbios galones. Las costureras se habían acostumbrado á esta manía y ya no proponían otros «motivos»; inventaban y variaban sobre aquellos. No lo habría hecho mejor un sastre militar.

PAGINA FALTANTE

NORTE AMERICA — INCENDIO DE LA EXPOSICION DE CHICAGO — Dibujo de W. L. Dooge

PAGINA FALTANTE



también, y el gran molinete el Barbisier tenía un modo de ... » Se sonreía de mala u parecer, eran contrarios á laraba sin cesar que nunca usurpada se veía devuelta

raceros, bajo el nombre de on por haberle suprimido la da», y el coronel llamándole lonado:

adero nombre, amigo? No sno hay en la feria que se

imiento bien montado. Su n el ejemplo de la más severa eta.

triales, atraídas al regimiento por el amor á las charreteras y á los títulos, se presentaban de visita en casa de su superiora compuestas como relicarios, perdidas en medio de pieles, ó remolineando bajo los encajes.

Ninguna se atrevía á contradecir las opiniones de la coronela y todas recibían sumisas la lección. Salían de allí algo nerviosas, y la buena señora las seguía con los ojos, murmurando entre dientes: — «Tomen ésta y vuelvan por otra, codornices mías!»

El regimiento, como todos los de la caballería francesa, se componía en

Una sola nube existía, y estaba bien escondida. En lo más recóndito de su corazón la señora de Barbisier abrigaba atroces celos por los galones del coronel.

Así es que no se veía en su talle y en los bordes de su vestido más que adornos que recordaban con más ó menos exactitud aquellos soberbios galones. Las costureras se habían acostumbrado á esta manía y ya no proponían otros «motivos»; inventaban y variaban sobre aquellos. No lo habría hecho mejor un sastre militar.



LAS DOS HUÉRFANAS

NOVELA DE PABLO PERRET — ILUSTRACIONES DE MAROLD

VERSIÓN CASTELLANA DE F. M. CONTE

VIII

(Continuación) — (Véanse los números 25, 26, 27, 28)

La señora de Barbisier, en cuya casa se habían refugiado las señoritas Mauvoisin, era una excelente persona, de corazón franco y sólido criterio. Sólo que, haciendo, por decirlo así, vida común con los militares, su humor se había vuelto algún tanto valentón, y no estaba exenta de algunas ridiculeces que divertían extraordinariamente al regimiento. Nadie hubiera podido tacharla de extremada en el vestir, pero merecía que la criticaran por su afán, ó más bien furor exagerado por el *lustre* de la milicia. Era cosa de oírla cuando sostenía que si la mujer de un oficial se mostrase menos correcta y menos brillante que su marido, colocaría su sexo en estado de inferioridad. Y concluía diciendo con orgullo:

— «Jamás haré yo eso, jamás! Dios me libre!»

Las esposas de los jóvenes oficiales, casi todas hijas de rentistas ó industriales, atraídas al regimiento por el amor á las charreteras y á los títulos, se presentaban de visita en casa de su superiora compuestas como relicarios, perdidas en medio de pieles, ó remolineando bajo los encajes.

Ninguna se atrevía á contradecir las opiniones de la coronela y todas recibían sumisas la lección. Salían de allí algo nerviosas, y la buena señora las seguía con los ojos, murmurando entre dientes:—«Tomen ésta y vuelvan por otra, codornices mías!»

El regimiento, como todos los de la caballería francesa, se componía en

su mayor parte de nobles, pues el caballo lo es también, y el gran molinete del sable nunca será democrático. El coronel Barbisier tenía un modo especial de decir:—«Señor capitán, marqués de...» Se sonreía de mala manera incomodado por tantos títulos que, á su parecer, eran contrarios á la igualdad en un ejército. La coronela declaraba sin cesar que nunca permitiría nobles de mala ley: toda partícula usurpada se veía devuelta en el acto, sin compasión, á su plebeyo origen.

Un joven oficial incorporado al 14º de coraceros, bajo el nombre de Martín de la Camisada, dió de rabia su dimisión por haberle suprimido la coronela, desde el primer día, el «de la Camisada», y el coronel llamándole á su presencia le dijo con un tono de oso engalonado:

—¿Por qué se avergüenza usted de su verdadero nombre, amigo? No tiene usted razón para ello. Más de un asno hay en la feria que se llama Martín.

Caramba! El 14º de coraceros era un regimiento bien montado. Su jefe y la imponente Herminia, su esposa, daban el ejemplo de la más severa moralidad. La unión de esa pareja era perfecta.

Una sola nube existía, y estaba bien escondida. En lo más recóndito de su corazón la señora de Barbisier abrigaba atroces celos por los galones del coronel.

Así es que no se veía en su talle y en los bordes de su vestido más que adornos que recordaban con más ó menos exactitud aquellos soberbios galones. Las costureras se habían acostumbrado á esta manía y ya no proponían otros «motivos»; inventaban y variaban sobre aquellos. No lo habría hecho mejor un sastre militar.

Aquella mañana, á principios de Setiembre, la coronela, en compañía de Paulita Mauvoisin, subió á su victoria que la esperaba. El regimiento acababa de ser permutado de guarnición; estaba establecido en Versailles mismo.

Dos oficiales, al pasar, saludaron respetuosamente; la coronela hizo oír una risita burlona, algo como la nota ahogada de un clarín, lo que sorprendió á Paulita.

—Río,—explicó la señora,—porque esos mozos se han sonrojado, niña. Son dos condes, y de verdadero cuño, pues no admito á los que no lo son. Son jovencitos y aún muy tímidos. Cuando ven alguna señora... Hay que confesar que esos hijos de buenas familias son generalmente muy educados.

Al decir eso, la coronela dirigía una mirada satisfecha á su correcto vestido. Tenía apenas treinta y siete á treinta y ocho años; nunca había estado tan erguida y tan elegante en su almilla de muer rojo con adornos de dorados lazos,—¡siempre los galones! Se tenía tiesa, con el pecho disimulado bajo un plastron, y con el cuello tan derecho que parecía sujeto en una moldura. La falda era de cachemir azul, color de ordenanza, aunque más bien era propio de la caballería ligera. El sombrero, de forma cónica, ostentaba un voluminoso copete de plumas de gallo; era el penacho del estado mayor; la artillería también acostumbra llevarlo.

Paulita había crecido mucho durante aquellos tres meses; iba á cumplir dieciséis años. Esta radiante juventud, escondida bajo grandes velos de luto, no podía dañar á la coronela. Sin embargo, la hermosa cabellera roja de la niña se escapaba por debajo de las alas de su sombrero, yendo á caer en brillantes rizos sobre su blusa negra. El denso velo que cubría la cara de la joven le había permitido seguir con los ojos los movimientos de los dos oficiales. La señora podía decir lo que quisiera, pero Paulita estaba bien segura que no habían mirado más que á ella.

Con todo, la coronela no era egoísta.

—También te conocen á ti, nuestros oficiales, querida mía.

Le habían dicho que en el cuartel se había hablado mucho de las señoritas Mauvoisin. Pero la mayor, la señorita Lucía estaba para casarse y la otra, la hermosa chica, no era más que una niña. La compañía de la señora Barbisier era muy honrosa, pero quizás también fuera peligrosa.

—Créeme, decía abrazándola, pues ya atravesaban el campo, serás hermosa muchacha y tendrás la belleza que se necesita para hacerlos marchar bien á todos. Pondrás á los hombres á tus piés, si quieres tomarte el trabajo de hacerlo y los tendrás á todos en tu mano. Tengo la idea de que esa manecita apretará muy fuerte.

Al hablar á Paulita la coronela se había inclinado hacia ella, cuando de repente se enderezó observando que el caballo había interrumpido su marcha. Delante de la victoria, en el camino, iba dando vaivenes sobre sus altas ruedas un carro cubierto con un toldo; el conductor no se apresuraba á dejar libre el paso. La coronela dando un gran golpe con su sombrilla sobre la espalda de su cochero, que era un soldado del regimiento, gritó:

—¿Eres soldado? Pues si ese villano no se aparta, pasa por encima del carro.

El villano lo oyó y se apresuró á dejar libre tránsito al carruaje.

La señora Barbisier volvió á mimar y á acariciar á Paulita; la coronela estaba hecha de tal modo que no amaba más que á los oficiales tímidos y á las jóvenes resueltas:

—Escucha, quisiera tener una hija que se te pareciera, pero....

Empezó á contar por los dedos para ver si eso era posible.... No!.... decididamente no! Paulita iba á cumplir diez y seis años.... No podría ser.... Sin embargo hay madres muy jóvenes. Paulita se reía bajo su velo.

—Con todo, prosiguió la señora Barbisier, será lo mismo que si lo fuera, al menos durante algún tiempo, puesto que te quedarás á mi cuidado....

—¿No podría Vd. decirme con mayor franqueza, interrumpió Paulita, que mi hermana y el señor Larralde no quieren verme en el chalet?

—Oh, tu hermana!

—Lucía hace lo que él quiere.... Ya he aprendido á conocer al que debía reemplazar á mi padre.... su primer cuidado es desembarazarse de mi presencia.

—Alze Vd. ese velo, Paulita.... No veo á nadie en el camino y me parece que está Vd. terriblemente enojada.

La joven obedeció y efectivamente sus ojos aterciopelados brillaban coléricos.

—¿Es justo eso? exclamó. ¿No he amado yo nuestro chalet, tanto ó más que Lucía? ¿No es la Clochette mía como de ella?

—No tanto, Paulita. Lucía vá á ser la mujer del señor Larralde y este es quien ha alejado al individuo que tenía derechos sobre la casa.... ¿Cómo se llama ese personaje? Ah! ahora recuerdo, un tal Lavernière; bonita gentuza! Sea dicho entre nosotras, siempre me ha sorprendido ese galante proceder del señor Larralde hacia tu hermana. ¿Quién diría que un hombre tan seco y tan pálido pueda tener sangre generosa?

De este modo la coronela alimentaba el fuego que quería apagar.

—Oh! dijo Paulita, como la quiero á Vd., porque no le ama á él!

—Piss! hizo la señora Barbisier con supremo desdén, es un abogado! Hubiera preferido otro marido para nuestra Lucía; pero ¿cómo encontrarlo entre nuestros oficiales, puesto que no tiene nada?

—Nada! murmuró Paulita. Cuando nuestro padre me decía abrazándome: «serás pobre, hija mía», yo me reía.... Ahora comprendo.

—Y luego Lucía ama á ese Larralde, prosiguió la buena señora. El abogado tenía la promesa del pobre Mauvoisin; por otra parte creo que él también la ama.... Parece imposible, pero en fin cada uno ama á su modo.

—No la ama, dijo secamente Paulita. Es un casamiento conforme con sus ideas, hé ahí todo.

La señora Barbisier la miró. Por indulgente que fuera la coronela, no pudo dejar de pensar que esta niña era demasiado precoz. Pero ¿no se descarriaba ella misma con Paulita en conversación poco conveniente para ésta?

—Eh! dijo, ¿qué te importa todo esto, niña mía? Estarás tan bien en Versailles como en la Clochette. Los dos enamorados quieren pasar solos la luna de miel y tu te aburrirás con ellos. Los enamorados! créeme es cosa pesadísima.

En el acto se mordió los labios: aquellas malditas libertades de lenguaje acababan otra vez de hacerla traición. ¡Lo que es la costumbre de hablar con oficiales!

—Que buena es Vd., dijo Paulita, besándole la mano. Me estimaré muy dichosa pasando un mes más al lado de Vd.

—Gracias á Dios!

—Pero, ¿cree Vd. que no sé donde han decidido conducirme el mes próximo?

—Pues bien, sí á un colegio de Versailles.... ¿Lo sabes? Sin embargo nadie te ha indicado nada al respecto....

—No ha habido necesidad que me lo dijeran.

—Y luego querida, no es cosa aún del todo resuelta.

—Como si lo fuera. El señor Larralde cuando formula su voluntad jamás retrocede.... Yo tampoco lo hago cuando pienso algo.... Quieren encerrarme y yo sé por qué.... Dicen que no comprendo nada y que soy todavía una niña.... Si supieran como se equivocan!

—Eso creo yo, murmuró la coronela.

—En otros tiempos no escuchaba ni á mis maestros ni á mi hermana, es cierto.... Pero escuchaba á mi padre cuando me hablaba....

—Hum! hizo la señora Barbisier.

—Y á Vd. misma, á menudo desde que nos ha recogido.

—Yo! yo! repetía la coronela espantada. Bonita cosa habré hecho entonces!

—Todas las razones que dan, en fin, para llevarme á ese colegio son otras tantas mentiras.... Lo que quiere el señor Larralde es desembarazarse de mí.... Pues bien, no me resistiré.

—¿De veras? Ya lo creo. ¿Y cómo harías para resistir pobre niña mía? El señor Larralde es ahora tu tutor.

—No resistiré, dijo Paulita; pero me acordaré.

El carruaje en aquel momento se detenía delante de la Clochette. Ellas pensaban encontrar allí á Juan Deshayes, pero no vieron más que al jardinero que acudía presuroso. Paulita entró la primera, dirigiéndose hacia el fondo del jardín; la señora Barbisier la vió sentarse en una silla rústica olvidada en la orilla del prado.

Desde la galería donde se había detenido, la excelente señora la miraba repitiéndose una vez más que aquella niña era muy singular. Preveía vagamente que esa cabecita sería un día de una fuerza temible, superior quizás á la suya misma,—una cabeza de coronela, sin embargo y que la llevaba bien alta.—Paulita cubría sus ojos con las manos y no era difícil adivinar que lloraba.

No convenía dejarla entregada á su tristeza. La señora Barbisier la llamó, lo que la obligó á alzar la voz. La muchacha no parecía recordar que no habían venido á aquella casa para estar ociosas. Tenían que asegurarse antes de todo de que nada haría falta á los huéspedes que debían llegar la semana siguiente. ¿Quería Paulita ayudarla á hacer su inspección?

Paulita contestó con un gesto: no quería.

Su llanto no cesaba. Su corazón se hallaba oprimido á la vista del jardín que tanto la recordaba al querido difunto. Había amado á su padre con todo su ardor juvenil, y no era solo por su indulgencia inagotable. Era también por la caricia de aquella mirada que se complacía en seguirla, y por la satisfacción de tenerla que leía sin cesar en sus ojos. Solo él conocía bien «á su leoncita». La reprendían sin cesar porque era indócil, ligera, indiferente á lo que no la divertía. El la escusaba con un gesto que quería decir:

«¿No he sido yo también como ella?» Con todo, cuando desapareció, Paulita no había sentido en el primer momento, que con él lo perdía todo; ahora lo comprendía mejor. Se levantó de la silla y empezó á recorrer las avenidas como queriendo dar un postrer adiós á su querido Clochette. En adelante, ya nada tendría que ver con ella, no volvería más que en las vacaciones ó en los días de salida, puesto que la encerraban en un colegio; cuando viniera la recibirían como á una extraña. En efecto, ya no sería otra cosa en el corazón de Lucía y en la casa.... Y era Luis Larralde, era aquel embustero, quien había hecho tal cosa!

Se dirigió nuevamente hacia el chalet; la coronela la esperaba, pues los obreros acababan de llegar. Sacaban las fundas de los sillones, sacudían las cortinas, limpiaban las alfombras. La coronela que había tomado el mando de las operaciones, se agitaba con delicia en medio de aquella nube

de polvo. Paulita la encontró en la habitación de Lucía que comunicaba de un lado con su cuarto, su cuarto de niña, y por el otro con el de su padre. La puerta de éste último estaba abierta, todo estaba ya en orden. Los muebles eran nuevos.

Á la vista de este aposento la niña dió un gran grito:

—¿Quién ha abierto este cuarto? ¿Quién lo va á habitar?

—¿Quién quieres que sea? dijo la coronela. *E!*

—¿El señor Larralde? Nól nó! sería horrible.

—¿Y porqué sería horrible, chica?

—Oh! dijo la niña escapándose, no sé! no sé!

IX

Deliberadamente Juan Deshayes no había aparecido aquel día en la Clochette. Retirado en su ermita, allá á lo lejos, al otro lado del bosque, Juan, el filósofo, continuaba meditando. ¿Dejaría cumplirse lo que, en su antigua ingenuidad, llamaba *sacrilegio*? ¡Gran palabra!

Cuando el viejo moderaba su lenguaje mental, aquello ya no era más que una *monstruosidad*. Ni siquiera quizás nueva. La unión del hombre con la mujer, que la hipocresía social llama amor, engendra otras peores. Todos los días se cometen algunas de aquellas *monstruosidades*.

Desde que el solitario había venido al mundo, jamás le había abandonado una especie de lenta fiebre que no le dejaba más que cortos instantes de reposo; ahora nuevas pesadillas le acometían: el abogado figuraba en ellas con su pálida cara. Incorporado sobre su cama, Juan Deshayes le gritaba: ¡Alto ahí, maestro! No se imagine Vd. que eso pueda cumplirse!

Luego despertaba bañado en sudor; la luz de la razón volvía con la del día. ¿Cómo sería posible que pudiera nunca decir á Larralde: «Pese á su deseo, no será Vd. quien cumpla la voluntad de Mauvoisin rescatando de la miseria á aquellas á quienes ha dejado tras sí... No! No se casará Vd. con la hija de aquel á quien ha ayudado Vd. á...»

El abogado le contestaba: «Vamos á ver buen hombre, ¿qué quiere Vd. de mí?... ¿Qué invención ridícula ha forjado Vd?...»

Entonces Juan Deshayes se reconocía impotente. Pero una idea se le presentaba, una idea egoísta y baja. Se decía que quizás valdría más hacer el papel del diablo. Puesto que Lucía aceptaba su nueva suerte con tanta alegría, ¿porqué no la abandonaría á ella? Jamás conocería el terrible secreto.

Podría entonces restringir su generoso proyecto á la hermosa Paulita que le había sugerido por la primera vez el sentimiento de no ser padre. Hasta entonces se había contentado con amar á los hijos de los demás.

¡Vana quimera! ¿Qué esperanza podría abrigar de obtener á Paulita, de Larralde? El abogado había sabido establecer bien su poder sobre su futura cuñada. Era su tutor y le diría sin duda: «¿Qué calidad invoca Vd. para cuidar de la niña? ¿Es Vd. su pariente? ¿Es Vd. su aliado?»

Quizás el taimado añadiría: «No es Vd. viejo más que por la cara. ¿De que no podrían sospechar? No piensa Vd. bien lo que propone.» Eso originaría una discusión peligrosa, pues la indignación de Juan Deshayes podría inflamarse. Podría venirle la tentación de hacer uso del arma que creía tener contra aquel hombre... Pero, no hacía más que creerlo y no era bastante.

Así transcurrían las semanas, sin que Deshayes llegase á resolverse. Era á mediados de Setiembre, y el casamiento se aproximaba.

Una mañana creyó ver claramente cuál debía ser el único y verdadero paso que podía tentar. Iría á París, se presentaría de repente en la casa del muelle des Grands-Agustins. Allí tendría quizás la suerte de sorprender á Larralde en lucha con su conciencia. Un hombre turbado descubre sus secretos y aquel que consigue apoderarse de ellos llega á ser su dueño.

Pero ¿tenía conciencia aquel Larralde?... Y además Juan Deshayes sintió una vez más que aquel sería uno de esos actos vigorosos para los cua-

les no había nacido. Decididamente la naturaleza no lo había formado como para apoderarse por asalto de sus enemigos.

Después de haber titubeado mucho prefirió empezar por una visita de exploración en casa del coronel Barbisier ó más bien, en la de la coronela. No había visto á las hijas de Mauvoisin desde hacía un mes.

El filósofo fué, pues, á Versailles y despacito, casi temiendo apresurarse, se dirigió hácia la calle de Mouchy donde estaba alojada la coronela. Es una antigua calle ceñida de vetustas casas de la nobleza; del otro lado de ellas se abren majestuosos jardines. Aquellas viejas piedras os miran con un aire triste y dulce, que parece decirlos: «Cuántas historias hemos visto! Pero todo eso está muy lejos y se ha concluido!» El empedrado macizo y cuadrado es de otra edad y su blancura es la de la osamenta.

Juan Deshayes había ya recorrido más de la mitad de la desierta calle; caminaba con la vista alta á fin de contar los números pintados de negro en unas especies de viejos cartuchos amarillos con cuadros también negros aunque ya se habían tornado grises. Cuando se encontró al lado del núm. 6 sintió algo mojadas sus sienes. Su corazón franco, tan débil y tan tierno, dió en latir más fuerte que de costumbre, al pensar que iba á volver á ver á la hermosa niña que despertaba en él un mundo de sentimientos enteramente nuevos. Al mismo tiempo procuraba cobrar ánimos: ¿acaso no se disponía á trabajar por Paulita? Ya verían que Juan Deshayes valía tanto como cualquier otro, en los momentos de lucha.

Estaba á diez ó quince pasos de la casa, cuando de repente abrióse la puerta de ésta, saliendo de ella un hombre acompañado por un criado. Juan Deshayes tuvo apenas el tiempo necesario para arrojarle en un hueco que se abría muy aporósito á su izquierda. Jamás hubiera imaginado que sus pies fueran tan ligeros. Pero es que aquel hombre, era el enemigo.

Era Larralde. El criado le acompañó hasta la esquina de una calle abierta hácia poco y que daba á un boulevard; y parecía indicar el camino al abogado. Esta nueva calle hacía frente justamente al pasaje donde se había refugiado Juan Deshayes.

Este, en su escondite, se reprochaba su cobardía. ¡Qué ocasión acababa de desperdiciar! ¿Por qué no había ido al encuentro de Larralde? Se hubiera presentado á él y el abogado no estaría prevenido; ese diablo de hombre no lo podía estar siempre. Entonces nada más fácil que entablar conversación, banal en su principio, é imprimirle luego bruscamente otro giro, deslizándose por fin alguna alusión encubierta que habría desconcertado á aquel flemático.

Así se las arregla uno con la gente á quien se quiere confundir. Se les habla con una entonación ligera, indiferente ó burlona y no se apartan los ojos de los suyos. Pero Juan Deshayes no había podido resistir á su primer impulso y había vuelto las espaldas. Vamos pobre hombre! ¡Hablas de castigar á los malos y cuando éstos se te acercan, la repulsión hacia ellos se apodera de ti y te escondes!

—Si caramba! me he ocultado se decía el vejete. Y así quiero hacer la guerra....

Siguió maquinalmente por el pasaje en que se encontraba y que conducía al campo. Delante de él unas chozas cubiertas de doradas pajas contrastaban con el tono gris ó negro de las tierras en cultivo; los arbustos de un pequeño vergel mecían su sombra tranquila; el bosque formaba el marco de ese rincón del simpático paisaje. El cuadro era dulce y sobre aquellas ondas de color, estremeciéndose al viento, el espíritu del filósofo estaba completamente absorto.

Sin embargo no había hecho el viaje á Versailles para contemplar la naturaleza. El momento era más que propicio para presentarse en casa de la coronela, tanto más cuanto que tenía la seguridad de no encontrar á Larralde. Lo curioso era que ahora se despechaba por esto mismo.

El fuego de su honrada indignación volvía á inflamarse á medida que se alejaba la ocasión de manifestarla. Dió vuelta sobre sus pasos, descontento de sí mismo.

(Continuará).

EN EL AÑO 1893

Panamá, Enero 1° de 1894.

HAN terminado los 365 días del año de 1893, é inaugúrase el primero de los que han de corresponder al nuevo de 1894. Para Colombia el año que ha terminado no marca ninguna desgarradura trascendental, á más de uno que otro incidente político que obtuvieron solución pacífica.

Panamá en particular ha sentido todas las tristezas que deja 1893. El estancamiento de los negocios y el alza del cambio han recrudecido las necesidades generales; sólo á esfuerzos heroicos ha podido el comercio atender á sus compromisos. Circunstancias son estas, pues, que no permiten al Departamento marcar con regocijo el año que ha terminado, y sí de esperanzas en el que hemos entrado, fundadas en que las negociaciones pendientes en París relativas á la salvadora obra del Canal, lleguen en breve á ser un hecho positivo que haga renacer en esta capital la antigua animación.

La gran república del Norte ha continuado

en su inmenso progreso que no reconoce fronteras, y á excepción del asunto dificultoso de la plata, todo allí ha sido de provecho.

En varias de las nacionalidades sud y centro-americanas se agitan luchas intestinas; el Brasil sostiene empeñada revolución que no da señales de terminar; la progresista Argentina ha entrado apenas en un periodo de paz; Paraguay y el Uruguay, manteniéndose en tranquilidad completa; Chile y Bolivia procuran sus gobiernos alejarse de los campamentos, aunque la oposición de los partidos políticos es por allí muy encarnizada; Perú y Ecuador han estado próximos á un rompimiento, pero la cordura parece que se impondrá al fin y la solución de su querrela se conseguirá por otros medios distantes de la guerra; Venezuela vese próxima á nueva contienda fratricida; Costa Rica, en vísperas de elecciones para Presidente de la República, exhibese algo agitada, aunque sin temores de que ello pueda trastornar el orden público; Honduras y Nicaragua, entregadas á un conflicto internacional creado por malas voluntades políticas; Salvador tranquilo y sin nubes en el horizonte que ame-

nacen su progreso; Guatemala, con una dictadura avasalladora que generará sobre el país todas las oscuridades de tal especie de gobierno; y México continúa en calma, explotando sus grandes veneros de riqueza, pero sin lograr desprenderse de la férrea mano de Porfirio Díaz.

Del otro lado del Continente, en Europa, tenemos que 1893 inauguró el terrible periodo de la dinamita anarquista que no respeta nada y que ha subido ya hasta las regiones de las Cámaras Legislativas de Francia, periodo que han sustentado con incansable violencia los émulos de Ravachol.

La paz armada en las potencias de Europa se prolonga, por cuyas consecuencias ha caído herida de muerte la Italia, uno de los componentes de la Triple alianza; sus gastos enormes y los fraudes de los Bancos han casi arruinádola.

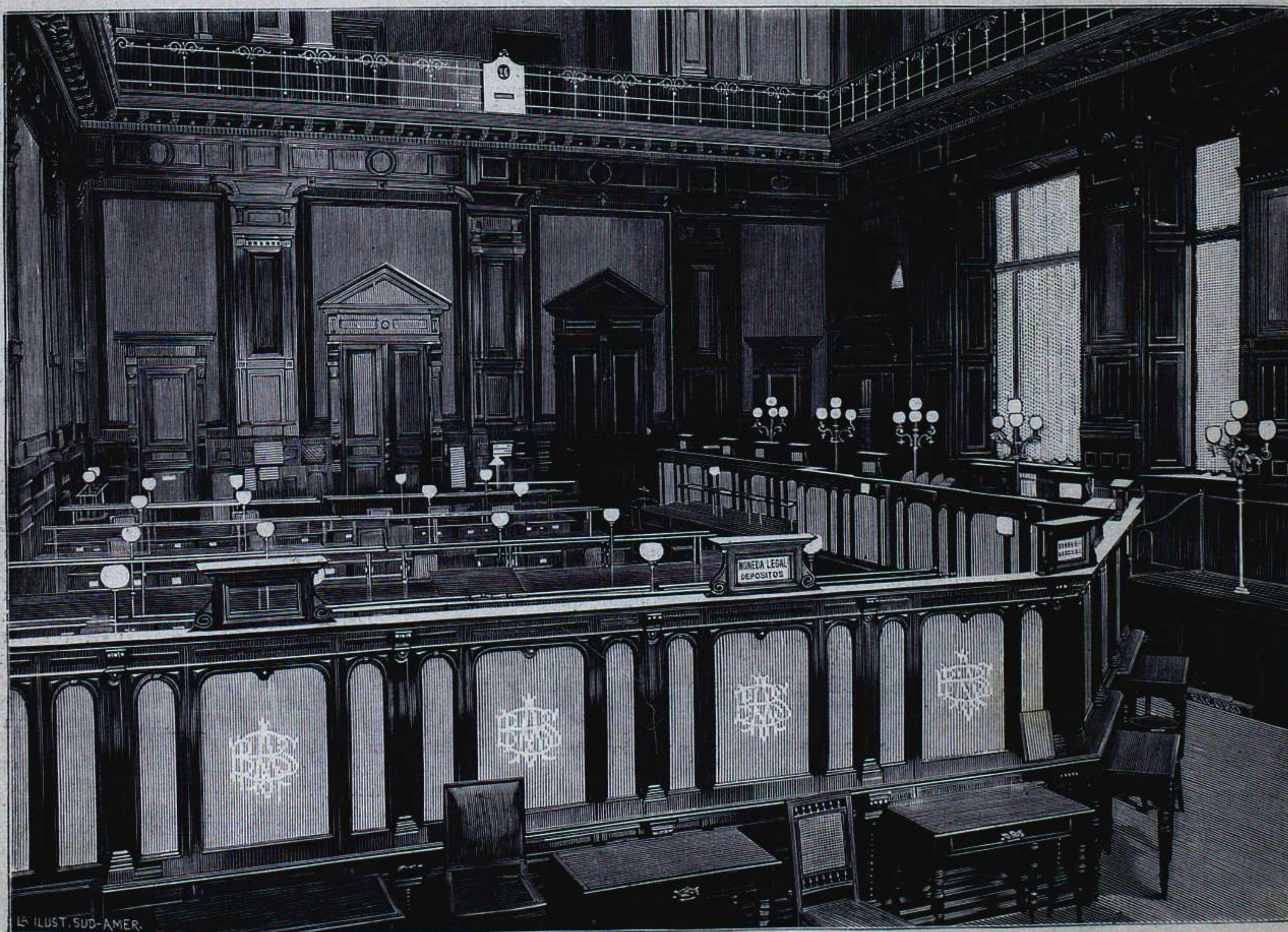
Tal es á grandes pasos la situación en que se encontraban esos países al cerrar el año 93.

Deseamos que 1894 borre las malas huellas que deja su antecesor, y durante él todo sea prosperidad.

La Estrella de Panamá.



BUENOS AIRES — BANCO BRITÁNICO DE LA AMÉRICA DEL SUR — Vista exterior del edificio



BUENOS AIRES — BANCO BRITÁNICO DE LA AMÉRICA DEL SUR — Vista interior de las oficinas

¿EL FIN DE LA ESCRITURA?

La escritura, esta cristalización del pensamiento, fué un progreso tan precioso y tan fecundo que desde el principio la leyenda quiso atribuirle un génesis sobrenatural. Parecía que sólo un dios ó un semi-dios podía haber concebido este prodigio: para los egipcios era Thot; para los escandinavos, Odín; para los griegos, Mercurio, Saturno, ó al menos Cadmús, el héroe de Tebas.

Pero el hombre está formado del tal manera que, desgastando ligeramente, en su insaciable apetito de novedades, los más maravillosos productos de su genio, concluye tarde ó temprano por quemar lo que adoraba la víspera. La escritura no debía escapar á la ley común. Después de tantos servicios prestados á la civilización, he aquí ahora que la escritura principia á pasarse de moda. Es una antigualla, la infancia del arte: antes tal vez que este siglo haya cambiado de milésimo la máquina de escribir habrá ocupado su puesto.

En Francia ¡pardiez!, en ese país á la vez iniciador y rutinario, no se ha apercibido aún muy claramente esta trasfiguración disimulada. No es que la máquina de escribir sea desconocida. Su uso, al contrario, se extiende más y más todos los días, en las administraciones públicas, en los diarios, en la casa de comercio; los particulares mismos se jactan de ir á la vanguardia.

Pero esto es apenas una gota en el mar de tinta, y de las 40.000 máquinas que vende anualmente la sola firma «Remington» apenas si corresponde un millar á la clientela francesa.

No sucede lo mismo en Norte América. Allí todo el mundo tiene su *typewriter*, desde el *businessman* hasta el periodista. No hay borroneador de papel, abogado ó negociante, ingeniero ó ban-

quero, industrial, político, magistrado ó funcionario que aceptase hoy día—¡sería un ciego!—el ridículo trabajo de garabatear su correspondencia á la pluma. *Time is money*, dicen ellos. Y el calambre de los escribientes no es un mito.... Se dicta su correspondencia á un estenógrafo, que la pasa en seguida á la máquina, legiblemente y sin fatiga: en media hora todo está concluido. La máquina de escribir, finalmente, se encuentra en todas partes, en los hoteles, á bordo de los vapores, en los trenes, en las oficinas telegráficas. Las hay hasta en las escuelas, no sólo profesionales y comerciales, sino también en las elementales, donde se enseña á los niños dactilografía conjuntamente con la escritura á mano.

No ha caído en oídos sordos el consejo dado en otro tiempo por Charles Reade en su famoso libro *The Coming Man*:

«En estos tiempos de lucha por la vida á todo trance, vale más para un padre de familia hacer que sus hijos aprendan la estenografía y la práctica de la máquina de escribir que el griego y el latín.»

Fué en América, es verdad, en Milwaukee, donde la máquina de escribir fué inventada. El primer tipo creado fué la máquina llamada de Remington, que ha conservado siempre, gracias á su sencillez, á su resistencia y á los perfeccionamientos que no ha cesado de recibir, una superioridad incontestable. Indudablemente que una obra tan delicada y complicada no podía ser en todas sus partes el trabajo de un solo cerebro: la máquina de coser fué efectivamente el fruto de la colaboración de tres hombres de genio, entre los cuales—el hecho debe ser mencionado—figuraba un francés: M. Soulé.

Estábamos en 1867, hace ya veinte y siete años. Trece años después, en 1880, no se habían expendido más de mil máquinas, mientras que ahora la venta corriente de la sola fábrica Re-

mington no es menor, á pesar de la competencia desenfadada de las otras marcas, de cien máquinas por día. Al paso que van las cosas, en 1917, es decir, cuando llegue la hora para la máquina Remington de celebrar su cincuentenario, nuestro nietos se preguntarán con estupefacción cómo sus antecesores han podido durante tan largo tiempo permanecer encorvados sobre el papel como un ciclista sobre su guión, con el pecho quebrantado, crispado los músculos, escribiendo penosamente, después de un largo y rudo aprendizaje, apenas quince ó veinte palabras por minuto.

Ni siquiera se exceptúan las gentes de letras. En efecto, contrariamente á una preocupación demasiado esparcida, el trabajo (que se ha hecho en algunas semanas automático é inconsciente) de la máquina de escribir debe ser menos desfavorable aún para expresar sus ideas que el manejo de la pluma, que no obedece siempre al anhelo del que la dirige, y cuya marcha, amortiguada por un sinnúmero de fatalidades, tiene á menudo dificultad para seguir el vuelo del pensamiento. ¡Que no se diga ya que la imposibilidad de observar cuando se quiera el trazado de los caracteres constituye un vicio redhibitorio! ¿Se sigue mejor el texto cuando se dicta, no como César, á cuatro escribientes á la vez, sino á un secretario, ó cuanto se improvisa al piano?

No es éste sino un hábito á que hay que acostumbrarse: ¡trabajo de un mes!

Día llegará, sin duda, en que el poeta mismo, ocultando su *typewriter* tras de su lira, hará sus versos á máquina. Mientras tanto, hay ya, aún en Francia, muchos prosistas que no solamente para su correspondencia sino aún para sus composiciones literarias han renunciado poco á poco al *calamus* tradicional. Así sucedió con M. de Blowitz, Mmes. Taine y C. de Witt, con el duque d'Harcourt, el vizconde de Sanderval, el doctor

CASA CENTRAL

672-VICTORIA-676

BUENOS AIRES

CAMISERIA DE OCHOA Y MIRÓ

Grandes talleres para la fabricación sobre medida de Camisas y Calzoncillos y toda clase de ropa blanca para hombre.—Últimas novedades para VERANO. En la Sucursal calle Corrientes, 770, (Edificio del Teatro Odeón).

La casa cuenta con un departamento especial de SOMBRERERÍA.

SUCURSAL

770-CORRIENTES-770

BUENOS AIRES

HESPERIDINA
ESTAB. 1864
3 Cosas buenas
26 PREMIOS
GALLETITAS
Y DULCE BAGLEY

ABOGADOS

DOCTORES MIGUEL ORO y JOSE TARNASSI, abogados—San Martín 284.

DOCTORES COUSTAU y GORDILLO—Abogados—Reconquista, 212—Piezas números 19 y 20.

DOCTOR FEDERICO PINEDO, abogado—Estudio: Avenida de Mayo, 89, 2º piso.

MÉDICOS

DOCTOR EDUARDO OBEJERO—Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos—Cuyo, 748.—De 1 á 4.

DOCTOR C. ALLIEVO—Cuyo 1056, de 1 á 3 p. m.—Esterilidad, enfermedades del útero.

DOCTOR HUGO-MARCUS—Enfermedades nerviosas—469 Cerrito (altos), estación de verano de 9 á 12 m.

DOCTOR BALDOMERO SOMMER—Profesor de enfermedades de la piel, venéreas y sífilis de la facultad de medicina de Buenos Aires—Horas de consulta: de 12 m. á 2 p. m., Maipú 436.

DOCTOR JUAN D. PIÑERO—Suipacha 154—Se dedica á las enfermedades de la laringe, exófago, estómago, intestino é hígado.—Consultas de 2 á 4 p. m.

DOCTOR MONTES DE OCA—Corrientes 685; de 12 1/2 á 2 1/2 p. m. Afecciones de los órganos genitales y sífilis.

DOCTOR F. P. LAVALLE—Dirige la Farmacia del Pueblo; análisis químicos, aplicados á la medicina, arte é industrias.—72, Rivadavia, 731.

EDUCACIÓN

INSTITUTO MERCANTIL, incorporado al Colegio Nacional—Director: Manuel Alonso Criado—Plaza Concepción.

COLEGIO LITERARIO incorporado al Colegio Nacional—Director W. Frecker de la Universidad de Oxford—Juncal, 866.

INSTITUTO PEDAGÓGICO de enseñanza elemental y superior, incorporado al Colegio Nacional—Directores Francisco G. Mijares y Antonio Vigil—Corrientes, 844.

FRANCISCO M. CONTE—Lecciones particulares de español, italiano, francés, inglés y alemán—Viamonte, 529.

COLEGIO FRANCES, INCORPORADO al Colegio Nacional, casa quinta.—Las clases funcionan desde el 2 de Enero de 1894. Se admiten pupilos medio pupilos y externos. Se mandan los programas á los padres que lo pidan. Calle Europa, 811—Juan Loncan, director.

VARIOS

R. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc.—Avenida de Mayo, 791, esq. Piedras.

GREGORIO REBOLLO—Despachante de Aduana y rematador—Alsina, 483 y 85.

TRADUCCIONES del italiano, francés, inglés y alemán al español y vice versa—Viamonte, núm. 529.

J. CONTELL.—Lecciones particulares de pintura y dibujo.—Viamonte, 529.

OSQUIN—Se alquila una casa sin muebles. Siete piezas, área total 190 metros cuadrados, corredores, 125 mts. cuadrados, me dio hectarea patio con habitación y caballería. Para piano y pormenores, dirijese a Gerente F. C. C. y N. O., Casilla 106, Córdoba.

AU MERINOS

CASA FUNDADA EN 1864

BONETERIA

ROPA BLANCA



698, RIVADAVIA esq. Chacabuco

S. Ostwald y Cia.

367 — CALLE DEFENSA — 367

Casa Introdutora y Exportadora

Especialidad en Máquinas, útiles y Papeles para Imprenta, Litografía y Encuadernación.

Consignaciones de Frutos del País, Maderas del Paraguay, etc. etc.

KRONDORF

La mejor agua mineral natural alcalina recomendada por los médicos más notables de la República Argentina en las enfermedades del estómago, riñones y vejiga.

Unico concesionario y depositario — **Julio Kristufek** — Casa introdutora de productos Austro-Húngaros

CALLE 25 DE MAYO 471 — BUENOS AIRES

HUNGARIA

Agua mineral natural purgante, antibiliosa, analizada y aprobada por el Departamento Nacional de Higiene, su gusto es agradable y no produce irritación ni molestia alguna á los enfermos.

Charle Richet, el senador M. Scheurer-Kestner, etc. Así sucedía con nuestro pobre Albert Millaud. Y he oído decir que el gran matemático inglés Stokes no hace de otro modo sus vertiginosos cálculos....

Porque la máquina de escribir sabe y puede hacerlo todo, hasta las matemáticas trascendentales, hasta la contabilidad. Mañana copiará la música, al gusto de los compositores. Ya escribe, cuando es necesario, el ruso, el griego, el alemán gótico. No puede escribir todavía el turco, el árabe o el chino, pero tarde o temprano lo podrá. La casa Remington ¿no mantiene, con 30.000 francos por año, un ingeniero especial, que no tiene otra misión que idear y preparar simplificaciones sucesivas y hacer nuevas investigaciones?

En verdad, os lo digo, las gentes que han hecho fortuna en el comercio de plumas, como en otro tiempo Mangin en el comercio de lápices, hicieron bien en apresurarse, pues el reino de la escritura toca visiblemente a su fin.

Después de todo sólo los señores grafólogos tendrán que lamentarlo.

EMILIO GAUTIER.

LA REPÚBLICA DE VENEZUELA

PERIÓDICOS respetables de los Estados Unidos, principalmente los de la ciudad de Nueva York, ocúpense extensamente en dar publicidad a sensatas comunicaciones sobre la situación de Venezuela, transmitidas por sus varios corresponsales en Caracas y otras capitales de esa República. En las correspondencias y noticias sueltas se ve con claridad el estado alarmante de la situación política en ese país y los esfuerzos que se hacen en la prensa ministerial y otros favorecidos por ocultar la verdad de los hechos que allí se cumplen.

Mucho se ha pretendido tapar el cielo con las manos: después de la última conmoción revolucionaria, de la que surgió victorioso el general Crespo y sus colaboradores, creyóse por la generalidad que el país restauraría sus libertades y que volvería a renacer la prosperidad comercial y agrícola que tanto se habían resentido con la administración de Andueza Palacio; pero todo ello fué vana ilusión: pasadas las alegrías de los triun-

fos obtenidos a costa de sacrificios de los propios hermanos y a expensas del aniquilamiento patrio, vinieron a rodear en el poder al general Crespo varias personas visibles y llenas de buenas intenciones en ayudar al primer mandatario en la tarea de la reconstitución política de la República de Venezuela, cuyos hombres han tenido que retirarse entristecidos de su imposibilidad de contribuir al bien común, pues sus proyectos no han tenido acogida en la mayoría de los políticos de conveniencia; respecto de las intenciones del actual Gobierno, véase en el fondo las mismas ambiciones particulares y la continuación de los errores anteriores. El general Crespo, retirado aparentemente del poder y apoyado por el militarismo, impone al país su candidatura en las próximas elecciones; la prensa que tanto pensó obtener en favor de sus derechos, sufre los estropesos de las clausuras de sus talleres tipográficos y las prisiones de sus servidores. Sólo se escucha allí hoy las alabanzas de los periódicos regionalistas en favor de Crespo y demás personalidades que han de secundar su política en los demás Estados de la Nación.

Esto es a vuelo de pluma lo que nos dicen nuestras correspondencias privadas; lo demás está estampado en la prensa a que hemos hecho mención y que no tiene otro interés sino el de servir a sus lectores con la abrumadora realidad de lo que allí acontece.

EL OLOR DEL CAFE

ALGUNAS semanas antes de morir el célebre Charcot, ocupóse en la curación de una familia, cuyos individuos hallábanse atacados de los más extraños fenómenos nerviosos.

La familia se componía del padre, la madre y seis hijos, todos ellos irritables y de una susceptibilidad extremada.

Cuando comían se tiraban los platos y las botellas a la cabeza, y por el menor pretexto los pequeños lloraban, los mayores proferían grandes gritos, la madre reñía con extraordinaria cólera y el padre poníase hecho una furia.

La más insignificante contrariedad convertía a los individuos de la familia en verdaderos demones.

El padre estaba atacado de temblores y no cesaba de hacer gestos; la madre padecía de espantosos dolores de cabeza acompañados de histerias crueles, y cualquier ruido, una luz demasiado viva, o una sensación brusca, le producían dolores violentos.

La niña mayor sufría ataques nerviosos por la más pequeña contrariedad, y con frecuencia experimentaba accesos de hipocondría y de desesperación.

Los niños, aunque menos impresionables, sentían la influencia de aquella especie de corriente eléctrica que agitaba el resto de la familia y sus nervios hallábanse siempre alterados.

Una niña de nueve a diez años estaba atacada de incoherencia en los movimientos y del baile de San Vito.

Los criados, en cuanto trascurrían algunos meses de su ingreso en la casa, manifestaban iguales síntomas.

Todos los vecinos decían que aquel cuarto estaba embrujado.

La vida de la familia era un infierno.

M. Charcot descubrió el secreto.

El jefe de aquella familia era comerciante al por mayor de café, y fabricante de esencias y extractos de café.

Sus habitaciones encontrábanse sobre los almacenes y el laboratorio, y, por tanto los muebles, las molduras y las ropas de cama y de vestir, hallábanse impregnados de café. Como toda la familia respiraba constantemente estos vapores, sobrevino el estado particular que caracteriza también el abuso del consumo del café, estado que se denomina «caféismo crónico».

Como la causa del mal encontrábase bien determinada, el remedio era aconsejar a la familia que pasara unas cuantas semanas a las orillas del mar, aspirando otra atmósfera exenta de emanaciones peligrosas, y a su regreso no vivir en aquel medio excitante del laboratorio.

El caféismo es un estado anormal, una especie de enfermedad muy frecuente en los que ejercen profesiones liberales, en los escritores, periodistas, profesores, los que, al usar el café, buscan una excitación cerebral que aumente la lucidez de la imaginación, que ayude a la coordinación de las ideas o que fortalezca la impotencia del trabajo.

DR. Z.

DROGUERIA Y FARMACIA ROLON

(ANTIGUA DE TORRES)

DEFENSA, 201 al 215

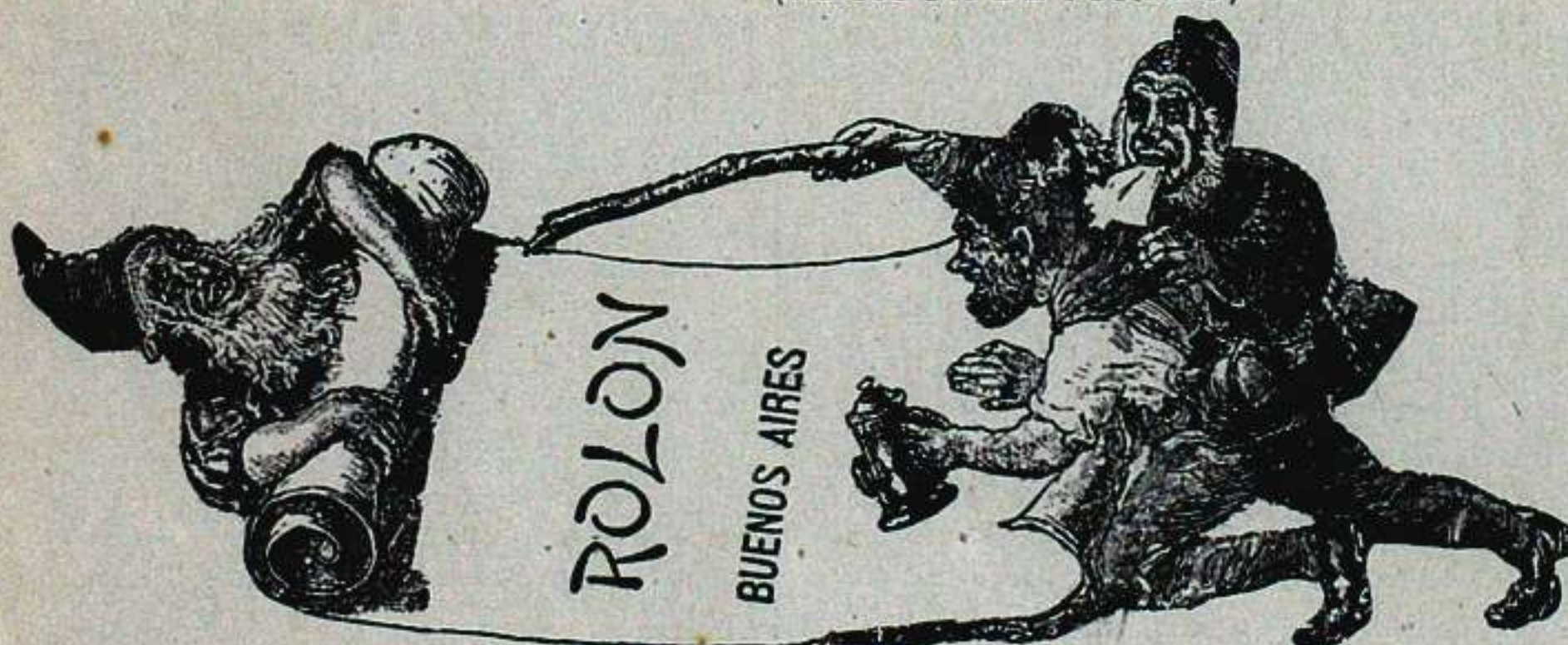
ESQUINA ALSINA
(Frente a San Francisco)

DE

A. ROLON & Ca.

SUCESORES DE

Gibson, Rolón y Ca.



GRUBER & C^o

COMISION-IMPORTACION-EXPORTACION

683 - ALSINA - 683

*

UNION TELEFONICA 1153

A LA CIUDAD DE LONDRES

AVENIDA DE MAYO - CALLE PERÚ - CALLE VICTORIA

TIENDA LA MAS VASTA Y LA MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES

PRIMERA CASA EN BUENOS AIRES, HABIENDO ESTABLECIDO EL SISTEMA DE VENDER TODO DE CONFIANZA Y A PRECIO FIJO, LO QUE LE HA VALIDO UN ÉXITO SIN IGUAL HASTA HOY

OTOÑO 1894

EXPOSICION GENERAL

OTOÑO 1894

EL LUNES 5 DE MARZO y días siguientes de todas las novedades recibidas en previsión de la SEMANA SANTA y de la Estación de OTOÑO

Numerosísimas ocasiones en todos los departamentos de nuestro Establecimiento

INAUGURACION y APERTURA de nuevos Salones y Galerías

Los ensanches nuevos, las nuevas e importantes instalaciones que acabamos de hacer, nos permiten dar más espacio a todos los departamentos de nuestro Establecimiento, aumentar los surtidos y crear especialidades nuevas.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Avenida de Mayo - Calle Perú - Calle Victoria - A LA CIUDAD DE LONDRES - Avenida de Mayo - Calle Perú - Calle Victoria

BANCO BRITÁNICO DE LA AMÉRICA DEL SUR

ESTABLECIDO EN 1863

CAMBIO DE LOCAL RECONQUISTA ESQUINA PIEDAD



CAPITAL SUSCRITO £ 1.000,000
CAPITAL REALIZADO " 500,000
Fondo de reserva " 320,000
Responsabilidad ulterior de los accion. " 500,000

ONDRES, BUENOS AIRES, ROSARIO, MONTEVIDEO
RIO DE JANEIRO, SANTOS Y SAN PAULO

GIRA SOBRE Inglaterra, Francia, Alemania,
Italia, España y todos los puntos principales
de Europa, Estados Unidos y del Brasil.

ABONA

Mon. nl. Oro
Por depósito en cuenta corriente y a la vista 1 % Sin interés
Por depósitos a retirar con siete días de aviso hasta 50,000 pesos 2 " 2 %
Id id 30 días id 50,000 pesos 4 " 3 %
Id a plazo fijo 2 meses 4 " 4 %
Por depósito a mayor plazo convencional

COBRA

Por depósitos en cuenta corriente 10 % 10 %
Buenos Aires, Noviembre 10 de 1893.

M. B. PROOKS
GERENTE INTERINO.

BANCO FRANCES DEL RIO DE LA PLATA

CAPITAL: 2.000.000 PESOS MONEDA NACIONAL ORO

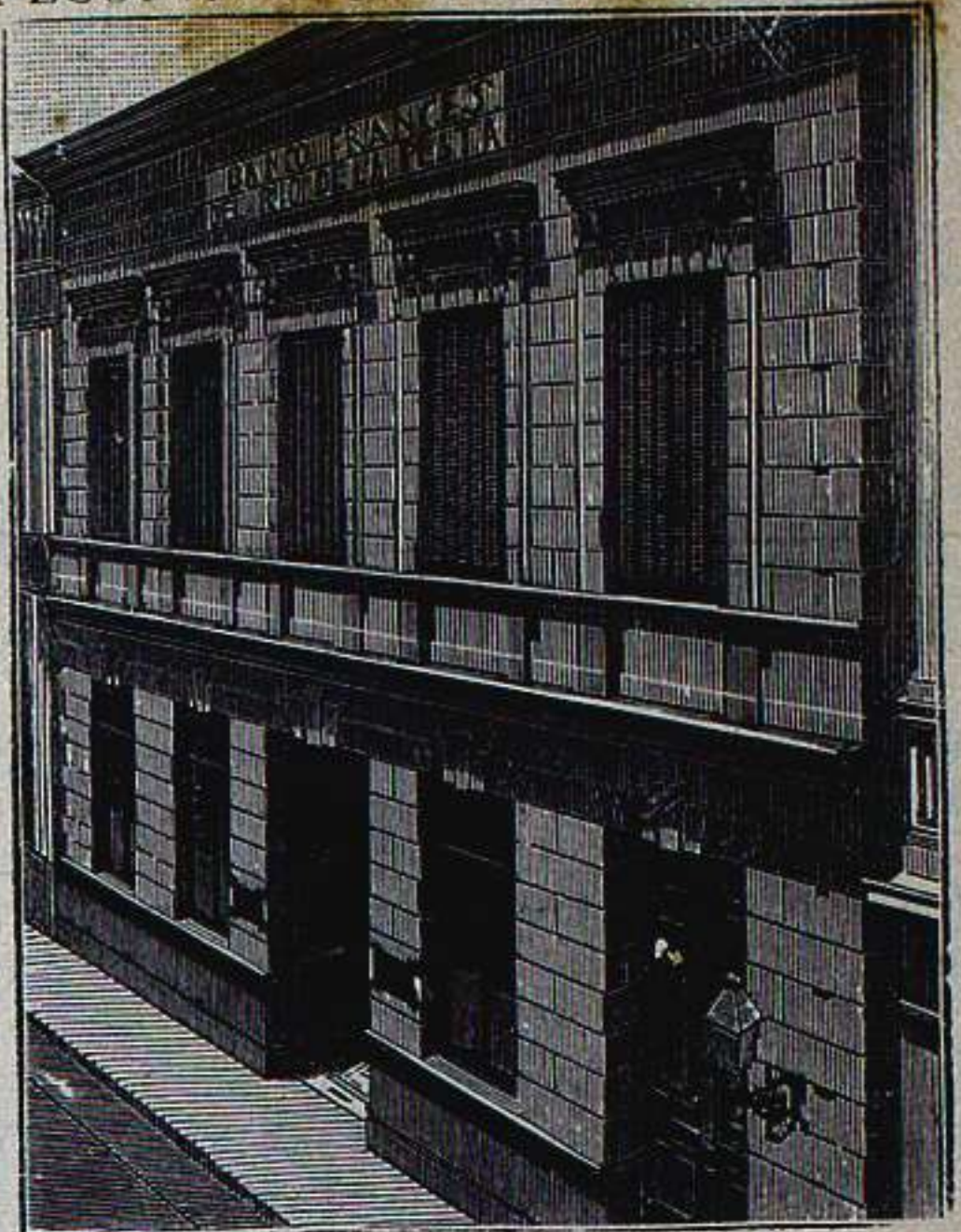
SE ABONA

Papel Oro
Por depósitos en cuenta corriente a la vista 1 % 1 %
Depósitos a plazo fijo de 30 días 2 1/2 %
Depósitos a plazo fijo de 60 días 3 1/2 % 3 %
Depósitos a plazo fijo de 90 días 4 1/2 % 4 %
Depósitos a plazo fijo a 180 días convencional
Depósitos a premio «Caja Ahorros» desde 20 pesos a 500 después de 60 días 5 % —

SE COBRA

En cuenta corriente 9 % 10 %

G. LERICHEZ,
Gerente.



RECONQUISTA 157 — Buenos Aires

Banco Español del Rio de la Plata

180 — RECONQUISTA — 180

ENTRE PIEDAD Y CANGALLO

CAPITAL REALIZADO: Pesos 6.000,000 m/n

SE ABONA	M. l.	Oro
%	%	%
Depósitos en cuenta corriente	1	sin int.
• a 30 días	2	2
• a 60 días	3	3
• a 90 días	4	4
• a mayor plazo	conv'al	conv'al

SE COBRA

Por anticipaciones en cuenta corriente 9 10
Depósito de letras y pagares conv'al conv'al

Se ocupa de toda clase de operaciones bancarias
HORAS DE DESPACHO

De 10 a. m. a 3 p. m. los días ordinarios y de 10 a. m. a 4 p. m. los sábados y fines de mes.

Buenos Aires, Octubre 1° de 1892.

AUGUSTO J. COELHO,
Gerente.



CAFE DE PARIS

FRANCISCO SEMPÉ

CASA DE PRIMER ORDEN

ESTABLECIDA EN 1860

Se recomienda por su "confort", por su esmerado servicio y por la superioridad de su bodega

ESPECIALIDAD
PARA BANQUETES Y SOIRÉES

GRAN VARIEDAD

DE ELEGANTES CESTILLOS DE FANTASÍA PARA FRUTAS

(PRIMICIAS)

417, CALLE CANGALLO, 423 - BUENOS AIRES



EMILIO LECLERC

"La PIZARRA,"

BOLSA DE COMERCIO — Plaza Victoria 331, 333, 337
Sucursal en la Boca Calle Pedro Mendoza 669

Admite en depósito con libreta, cualquier suma.
Recibe depósitos a la vista y a plazo fijo.
Anticipa fondos sobre títulos negociables en la Bolsa, recibe también los mismos títulos en depósito libre para el cobro de cupones y dividendos, cuyo importe se encarga de remitir a los interesados residentes en Europa.
Efectúa cobranzas por cuenta ajena.
Ejecuta órdenes de compra y venta de oro, títulos, etc.
Emite cartas de crédito.
Admite órdenes de pago sobre cualquier punto de Europa que tenga oficina postal.
Manda efectuar pagos en Europa por medio del telégrafo.
Gira letras de cambio sobre todas las principales ciudades de Europa, Argelia, Egipto, Siria y Túnez, y se encarga de operaciones bancarias en general.

ABONA	oro	m/o. legal
En cuenta corriente y depósito a la vista	2 %	3 %
Depósito fijo 60 días	4 "	5 "
Id. " 90 "	5 "	6 "
Depósito a mayor "plazo	convencional	

COBRA

Por adelanto en cuenta corriente convencional

Buenos Aires, 31 de Diciembre de 1893

EMILIO LECLERC

CUIDADO CON EL ENGAÑO! CUIDADO CON EL MANÍ!

Pídase con exigencia en todas las confiterías y almacenes CHOCOLATE "AGUILA" SUPERIOR, papel crema y papel blanco oro.

NOTA—Hallándose etiquetas falsificadas con chocolates inferiores compuestos de productos ajenos y a veces nocivos, maui u otros, etc., etc., (véase "La Prensa" 22 de Diciembre), recomiendo a los consumidores de mis excelentes chocolates "AGUILA" superiores, se fijen bien en lo siguiente:

1° Comprar el artículo en casas respetables.
2° Que cada tableta sea cerrada convenientemente sin manchas ni roturas en la etiqueta.
3° Que la marca de fábrica sea bien intacta y bien reconocida la de mi propiedad una Aguila, que nadie puede imitar sin sufrir el peso de la ley.

A. SAINT

Gran Fábrica a vapor, Usina Modelo—Calle Herrera, 855 al 864—Buenos Aires

CARNE LÍQUIDA EL GRAN ALIMENTO TONICO

VILLEMUR Y VALDES GARCIA — Montevideo

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Agente: EDUARDO ÁVILA

374-CALLE SAN MARTIN-374

L. ADHÉMAR Y CIA

CASA DE CONFIANZA—FUNDADA EL AÑO 1885

CANGALLO ESQUINA SUIPACHA

ESPECIALIDAD

EN

ROPA DE CAMA, DE MESA Y ARTICULOS DE PUNTO

PARA SEÑORAS, HOMBRES Y NIÑOS

CASAS DE COMPRA EN PARIS, LONDRES Y VIENA

PRECIO FIJO

